

La Edad de la Inocencia

Por

Edith Wharton

UASLP-FCI-2023-Dominguez

Era una tarde de enero de comienzos de los años setenta. Christine Nilsson cantaba Fausto en el teatro de la Academia de Música de Nueva York.

Aunque ya había rumores acerca de la construcción —a distancias metropolitanas bastante remotas, "más allá de la calle Cuarenta"— de un nuevo Teatro de la Opera que competiría en suntuosidad y esplendor con los de las grandes capitales europeas, al público elegante aún le bastaba con llenar todos los inviernos los raídos palcos color rojo y dorado de la vieja y acogedora Academia. Los más tradicionales le tenían cariño precisamente por ser pequeña e incómoda, lo que alejaba a los "nuevos ricos" a quienes Nueva York empezaba a temer, aunque, al mismo tiempo, le simpatizaban. Por su parte, los sentimentales se aferraban a la Academia por sus reminiscencias históricas, y a su vez los melómanos la adoraban por su excelente acústica, una cualidad tan problemática en salas construidas para escuchar música.

Madame Nilsson debutaba allí ese invierno, y lo que la prensa acostumbraba a llamar "un público excepcionalmente conocedor" había acudido a escucharla, atravesando las calles resbaladizas y llenas de nieve en berlinas particulares, espaciosos landós familiares, o en el humilde pero práctico coupé Brown. Ir a la ópera en este último vehículo era casi tan decoroso como hacerlo en carruaje propio; y retirarse de igual manera tenía la inmensa ventaja de permitir (con una alusión jocosa a los principios democráticos) trepar en el primer transporte Brown de la fila, en vez de esperar hasta que apareciera la nariz congelada por el frío y congestionada por el alcohol del cochero particular reluciendo bajo el pórtico del Teatro. Una de las mejores intuiciones del cochero de alquiler fue descubrir que los norteamericanos desean alejarse de sus diversiones aún con mayor prontitud que llegar a ellas.

Cuando Newland Archer abrió la puerta del palco del club, recién subía la cortina en la escena del jardín. No había ningún motivo para que el joven llegara tarde, pues cenó a las siete, solo con su madre y su hermana, y después se quedó un rato fumando un cigarro en la biblioteca gótica con estanterías barnizadas en nogal negro y sillas coronadas de florones, que era la única habitación de la casa donde Mrs. Archer permitía que se fumara. Pero, en primer lugar, Nueva York era una metrópolis perfectamente consciente de que en las grandes capitales no era "bien visto" llegar temprano a la ópera; y lo que era o no era "bien visto" jugaba un rol tan importante en la Nueva York de Newland Archer como los inescrutables y ancestrales seres terroríficos que habían dominado el destino de sus antepasados miles de años atrás.

La segunda razón de su atraso fue de carácter personal. Se le pasó el tiempo fumando su cigarro porque en el fondo era un gozador, y pensar en un placer futuro le daba una satisfacción más sutil que su realización, en especial cuando se trataba de un placer delicado, como lo eran la mayoría de sus placeres. En esta oportunidad el momento que anhelaba era de tan excepcional y exquisita calidad que incluso si hubiera cronometrado su llegada con el director de escena no podría haber entrado en el teatro en un momento más culminante que cuando la prima donna comenzaba a cantar: "Me quiere, no me quiere, ¡me quiere!", dejando caer los pétalos de una margarita entre notas tan diáfanas como el rocío.

Ella decía, por supuesto "¡Mama!" y no "me quiere", ya que una ley inalterable e incuestionable del mundo de la música ordenaba que el texto alemán de las óperas francesas, cantadas por artistas suecas, debía traducirse al italiano para mejor comprensión del público anglo—parlante. Esto le parecía muy natural a Newland Archer, igual que todas las demás convenciones que moldeaban su vida, como tener que usar dos escobillas con mango de plata y su monograma esmaltado en azul para hacer la raya de su cabello, y la de jamás aparecer en sociedad sin una flor en el ojal (de preferencia una gardenia).

"Mama... non mama..." cantaba la prima donna, y "¡Mama!" con un estallido final de amor triunfante, en tanto apretaba en sus labios la deshojada margarita y levantaba sus ojos hacia el sofisticado semblante del pequeño y moreno Fausto-Capoul, que trataba en vano, enfundado en su estrecha casaca de terciopelo púrpura y con su sombrero emplumado, de parecer tan puro y verdadero como su ingenua víctima.

Newland Archer, apoyado contra la pared del fondo de su palco, quitó sus ojos del escenario y examinó el otro lado del teatro. Justo frente a él estaba el palco de la anciana Mrs. Manson Mingott, cuya monstruosa obesidad la imposibilitaba, desde hacía tiempo, de asistir a la ópera, pero que en las noches de gala estaba siempre representada por los miembros más jóvenes de la familia. En esa ocasión, el palco estaba ocupado, en primer lugar, por su nuera, Mrs. Lovell Mingott, y su hija, Mrs. Welland; detrás, y un tanto retirada de aquellas matronas vestidas de brocado, se sentaba una joven con traje blanco, que miraba extasiada a los amantes del escenario. Cuando el "¡mama!" de Madame Nilsson hizo vibrar el teatro silencioso (en los palcos siempre se dejaba de hablar durante el aria de la margarita), un cálido color rosa tiñó las mejillas de la joven, que se ruborizó hasta las raíces de sus rubias trenzas; el rubor se extendió por la juvenil curva de su pecho hasta donde se juntaba con un sencillo escote de tul adornado con una sola gardenia. Bajó los ojos hacia el inmenso ramo de lirios silvestres que tenía en su regazo, y Newland Archer vio que las yemas de sus dedos, cubiertos por blancos guantes, tocaban

suavemente las flores. Sintiendo su vanidad satisfecha, Archer suspiró y volvió los ojos al escenario.

No se había ahorrado gastos en la escenografía, que fue calificada de bellísima aun por quienes compartían con Archer su familiaridad con la Opera de París y de Viena. El primer plano, hasta las candilejas, estaba cubierto con una tela verde esmeralda. A media distancia, algunos montículos simétricos de un verde musgo de lana cercado por argollas de croquet hacía de base para arbustos que parecían naranjos y estaban salpicados de enormes rosas rosadas y rojas. Gigantescos pensamientos, muchísimo más grandes que las rosas y muy parecidos a los limpiaplumas florales que hacían las señoras de la parroquia para los clérigos elegantes, sobresalían del musgo bajo los rosales; y aquí y allá una margarita injertada en una rama de rosa florecía con la exuberancia profética de los remotos prodigios de Mr. Luther Burbank.

En medio de este jardín encantado, Madame Nilsson, vestida de cachemir blanco con incrustaciones de satín azul pálido, un pequeño bolso que colgaba de un cinturón azul y gruesas trenzas amarillas colocadas cuidadosamente a cada lado de su blusa de muselina, escuchaba con ojos bajos los apasionados galanteos de Mr. Capoul, y asumía un aire de ingenua incomprensión a sus propósitos cuando éste, con palabras o gestos, indicaba persuasivo la ventana del primer piso de la pulcra casa de ladrillo que sobresalía en forma oblicua desde el ala derecha.

"¡Qué adorable!" —pensó Newland Archer, cuya mirada había vuelto a la joven de los lirios silvestres—. "No tiene idea de qué se trata todo esto". Y contempló su absorto rostro juvenil con un estremecimiento de posesión en que se mezclaba el orgullo de su propia iniciación masculina con un tierno respeto por la infinita pureza de la joven. "Leeremos Fausto juntos... a orillas de los lagos italianos..."; pensó, confundiendo en una nebulosa el lugar de su planeada luna de miel con las obras maestras de la literatura que sería su privilegio varonil enseñar a su novia. Fue recién esa tarde que May Welland le dejó entender que a ella "le importaba" (la consagrada frase neoyorquina de aceptación que dice una joven soltera), y ya su imaginación, pasando por el anillo de compromiso, el beso en la fiesta y la marcha nupcial de Lohengrin, la ponía a su lado en algún escenario embrujado de la vieja Europa.

No deseaba por ningún motivo que la futura Mrs. Newland Archer fuera una inocentona. Quería que ella (gracias a su esclarecedora compañía) adquiriera tacto social y un ingenio rápido que le permitieran hacer frente a las mujeres casadas más admiradas del "mundo joven", en el que se acostumbraba atraer el homenaje masculino y rechazarlo en medio de bromas. Si hubiera escudriñado hasta el fondo de su vanidad (como casi lo hacía algunas veces), habría descubierto el deseo de que su esposa fuera tan avezada en las cosas mundanas y tan ansiosa de complacer, como aquella dama casada cuyos

encantos dominaron su fantasía durante dos años bastante agitados; por supuesto que sin una pizca de la fragilidad que casi echó a perder la vida de ese ser infeliz, y que trastornó sus propios planes durante todo un invierno.

Cómo crear aquel milagro de fuego y hielo y que perdurara en un mundo tan cruel, era algo que nunca se dio el tiempo de pensar; pero se alegraba de mantener este punto de vista sin analizarlo, ya que sabía que era el de todos aquellos caballeros cuidadosamente peinados, de chaleco blanco, flor en el ojal, que se sucedían en el palco del club, que intercambiaban amistosos saludos con él y volvían sus anteojos de teatro para mirar críticamente el círculo de damas. En asuntos intelectuales y artísticos, Newland Archer se sentía claramente superior entre esos escogidos especímenes de la antigua aristocracia neoyorquina; probablemente había leído más, pensado más, e incluso visto mucho más del mundo que cualquiera de los hombres del numeroso grupo. Por separado, éstos dejaban traslucir su inferioridad, pero agrupados representaban a Nueva York, y el hábito de solidaridad masculina hacía que Archer aceptara su doctrina en todos los aspectos llamados morales. Instintivamente sentía que al respecto sería fastidioso —y hasta de mal gusto— correr con colores propios.

—¡Vaya, no puedo creerlo! —exclamó Lawrence Lefferts apartando abruptamente del escenario sus anteojos de teatro.

Lawrence Lefferts era, por sobre todo, la máxima autoridad en cuestiones de "formalidades" de toda Nueva York. Probablemente dedicaba más tiempo que nadie al estudio de esta intrincada y fascinante materia; pero el solo estudio no explicaría su absoluta maestría y facilidad. Bastaba, mirarlo desde la amplia frente y la curva de su hermoso bigote rubio hasta los largos zapatos de charol al otro extremo de su esbelta y elegante silueta, para sentir que el conocimiento de las "formalidades" debía ser congénito en alguien que sabía usar ropa tan buena con tanta soltura y lucir tal estatura con una gracia tan lánguida. Como dijo una vez un joven admirador suyo: "Si hay alguien que pueda decirle a otro cuándo debe usar corbata negra con traje de etiqueta y cuándo no, ese es Larry Lefferts." Y en la controversia que hubo entre el uso de escaupines y zapatos Oxford de charol, su autoridad jamás fue discutida.

—¡Dios mío! —suspiró, y en silencio le pasó los anteojos al anciano Sillerton Jackson. Newland Archer, siguiendo la mirada de Lafferts, vio con sorpresa que su exclamación era ocasionada por la entrada de una nueva persona al palco de Mrs. Mingott. Era una mujer joven y delgada, un poco más baja que May Welland, de cabello castaño peinado en rizos pegados a las sienes y sujeto por una fina banda de diamantes. El estilo de su peinado, que le daba lo que entonces se llamaba "estilo Josefina", se repetía en el corte de su traje de terciopelo azul oscuro que se ceñía en forma bastante teatral bajo el busto con un cinto adornado con una enorme y anticuada hebilla. La mujer que

llevaba este inusual vestido, y que parecía absolutamente inconsciente de la atención que atraía, se quedó parada un momento en medio del palco hablando con Mrs. Welland sobre la conveniencia de tomar un lugar en el rincón frontal de la derecha; luego renunció con una sutil sonrisa y se sentó junto a la cuñada de Mrs. Welland, Mrs. Lovell Mingott, instalada al otro extremo del palco.

Mr. Sillerton Jackson había devuelto los anteojos a Lawrence Lefferts. Todos los miembros del grupo se volvieron instintivamente a él, esperando escuchar lo que el anciano diría, pues Mr. Jackson era toda una autoridad en "familias", así como Lawrence Lefferts lo era en "formalidades". Conocía todas las ramificaciones de los parentescos neoyorquinos, y no sólo podía esclarecer cuestiones tan complicadas como los lazos entre los Mingott (por los Thorley) con los Dallas de Carolina del Sur, y la relación de la rama mayor de los Thorley de Filadelfia con los Chivers de Albany (que jamás deben confundirse con los Manson Chivers de University Place), sino que también podía enumerar las características principales de cada familia, como, por ejemplo, la fabulosa mezquindad de los descendientes más jóvenes de los Lefferts (los de Long Island); o la fatal tendencia de los Rushworth a los matrimonios disparatados; o la locura recurrente que sufrían cada dos generaciones los Chivers de Albany, con los cuales sus primos de Nueva York siempre rehusaron casarse, con la desastrosa excepción de la pobre Medora Manson, quien, como todos saben..., bueno, pero su madre era una Rushworth.

Además de esta selva de árboles genealógicos, Mr. Sillerton Jackson mantenía entre sus estrechas y cóncavas sienes, y bajo la suave pelusa de sus canas, un registro de la mayoría de los escándalos y misterios que ardieron bajo la superficie inalterable de la sociedad neoyorquina durante los últimos cincuenta años.

Realmente, su información era tan amplia y su memoria tan perfectamente retentiva, que pasaba por ser el único hombre que podía decir quién era realmente Julius Beaufort, el banquero, y qué fue del distinguido Bob Spicer, padre de la anciana Mrs. Manson Mingott, que desapareció misteriosamente (con una gruesa cantidad de dinero en fideicomiso) apenas un año después de su matrimonio, el mismo día que una hermosa bailarina española, que había deleitado a inmensas multitudes en el viejo Teatro de la Opera en Battery, se embarcaba rumbo a Cuba. Pero tales misterios, así como muchos otros, permanecían guardados bajo llave en el pecho de Mr. Jackson; pues no sólo su alto sentido del honor le prohibía repetir cosas tan privadas, sino que estaba perfectamente consciente de que la reputación de su discreción le daba mayores oportunidades de enterarse de lo que quería saber.

Por eso, el grupo del palco esperaba con visible suspenso mientras Mr. Sillerton Jackson devolvía los anteojos de teatro a Lawrence Lefferts. Por un segundo escrutó al atento grupo con sus diáfanos ojos azules casi tapados por

los párpados venosos; luego, retorciendo cuidadosamente su bigote, dijo simplemente:

Jamás pensé que los Mingott se atrevieran a pretender hacernos tragar el anzuelo.

2

Durante este breve incidente, Newland Archer cayó en un curioso estado de turbación. Era muy incómodo que el palco que atraía la compacta atención masculina de Nueva York fuera justo aquel en que se sentaba su novia entre su madre y su tía. Además, hasta ahora no identificaba a la dama del traje Imperio, ni menos podía imaginar por qué su presencia creaba tal conmoción entre los miembros del club. De pronto lo comprendió todo, y sintió una momentánea acometida de indignación. No, realmente, nadie habría pensado que los Mingott pretendieran hacerlos tragar el anzuelo. Pero lo hicieron; no había la menor duda de que lo hicieron, pues los comentarios en voz baja que se hacían a su espalda le dieron la certidumbre de que aquella joven era la prima de May Welland, a la que la familia siempre se refería como la "pobre Ellen Olenska". Archer sabía que había llegado sorpresivamente de Europa hacía un par de días; oyó decir incluso a Miss Welland (y no lo desaprobaba) que había ido a visitar a la pobre Ellen, que estaba alojada en casa de la anciana Mrs. Mingott. Archer aplaudió de corazón aquella solidaridad familiar, y una de las cualidades que más admiraba en los Mingott era su resuelta campaña en favor de las pocas ovejas negras que su intachable linaje había producido. No había una gota de mezquindad ni avaricia en el corazón del joven y se alegraba de que su futura esposa no se sintiera impedida, por falsas prudencias, de ser bondadosa (en privado) con su desgraciada prima; pero recibir a la condesa Olenska en el círculo familiar era algo muy diferente a presentarla en público, nada menos que en la Opera, y en el mismo palco con la joven cuyo compromiso con él, Newland Archer, se anunciaría dentro de pocas semanas.

No, sintió lo mismo que el viejo Sillerton Jackson: ¡jamás pensó que los Mingott se atrevieran a pretender hacerlos tragar el anzuelo! Sabía, por supuesto, que Mrs. Manson Mingott, la matriarca de la familia, tenía la osadía del varón más atrevido (dentro de los límites de la Quinta Avenida). Siempre admiró a esa anciana arrogante que, a pesar de haber sido sólo Catherine Spicer de Staten Island, con un padre misteriosamente desprestigiado y sin dinero ni posición suficiente para lograr que la gente lo olvidara, se unió en matrimonio con quien era la cabeza de la acaudalada familia Mingott, casó a

dos de sus hijas con "extranjeros" (un marqués italiano y un banquero inglés), y coronó sus audacias construyendo una enorme casa de piedra color crema pálido (cuando el pardo arena parecía ser el único color que se podía usar, al igual que la levita por la tarde) en una inaccesible tierra virgen cercana a Central Park.

Las hijas extranjeras de Mrs. Mingott se convirtieron en una leyenda. Nunca volvieron a visitar a su madre, y como ella era —al igual que muchas personas dominantes y de mente activa— corpulenta y de hábitos sedentarios, con gran filosofía se quedó en su casa. Pero la casa color crema (supuestamente copiada de mansiones privadas de la aristocracia parisina) era una prueba visible de su valentía moral; y en ella reinó, plácidamente, entre muebles de antes de la Revolución y recuerdos de las Tullerías de tiempos de Luis Napoleón (donde brillara en su edad madura) como si no hubiera nada de peculiar en vivir más allá de la Calle Treinta y Cuatro, o en tener ventanas francesas que se abrían como puertas en lugar de las que se abrían hacia arriba.

Todos (incluso Mr. Sillerton Jackson) coincidían en que la anciana Catherine nunca fue una beldad, un don que a ojos de Nueva York justificaba cualquier éxito y excusaba algunos defectos. La gente menos condescendiente decía que, como su tocaya imperial, había ganado su camino al éxito con fuerza de voluntad y dureza de corazón, y con una especie de altanera insolencia que en cierta medida se justificaba por la extremada decencia y dignidad de su vida privada. Mr. Manson Mingott murió cuando ella tenía sólo veintiocho años, y tuvo "amarrado" el dinero con la cautela nacida de la desconfianza general que provocaban los Spicer. Pero su intrépida viuda siguió su camino sin vacilar, se mezcló libremente con la sociedad extranjera, casó a sus hijas en Dios sabe qué círculos corruptos y mundanos, se codeó con duques y embajadores, se asoció familiarmente con papistas, recibió a cantantes de ópera, y fue íntima amiga de Mme. Taglioni. Y sin embargo (Sillerton Jackson fue el primero en proclamarlo) jamás hubo el menor rumor sobre su reputación; el único aspecto, agregaba siempre Jackson, en que difería de la anterior Catherine. Mrs. Manson Mingott hacía tiempo que había logrado "desamarrar" la fortuna de su marido, y vivió en la opulencia durante medio siglo. No obstante, el recuerdo de sus pasadas penurias económicas la volvieron excesivamente ahorrativa y, aunque cuando compraba un vestido o un mueble procuraba que fuera de la mejor calidad, no se permitía gastar mucho en los transitorios placeres de la mesa. En consecuencia, y por razones totalmente diferentes, su comida era tan pobre como la de Mrs. Archer, y sus vinos dejaban mucho que desear. Sus amistades consideraban que la penuria de su mesa desacreditaba el nombre de los Mingott, que siempre estuvo asociado con el buen vivir; pero la gente seguía visitándola a pesar de los platos tan poco atractivos y del pésimo champagne. En respuesta a las

reprimendas de su hijo Lovell (que trataba de recuperar el honor familiar contratando al mejor chef de Nueva York), acostumbraba decirle, riendo: "¿De qué sirve tener dos buenos cocineros para una sola familia, cuando ya casé a las niñas y no puedo comer salsas?"

Mientras reflexionaba en estas cosas, Newland Archer volvió otra vez la mirada al palco de los Mingott. Advirtió que Mrs. Welland y su cuñada enfrentaban su semicírculo de críticos con el aplomo Mingottiano que Catherine inculcara a su tribu. Notó que sólo May Welland dejaba entrever, por un intenso color en sus mejillas (tal vez debido a la conciencia de que él la estaba observando), que resentía la gravedad de la situación. En cuanto a la causante de la conmoción, estaba sentada graciosamente en el rincón del palco, con los ojos fijos en el escenario, y mostraba al inclinarse hacia adelante un poco más de hombro y pecho que lo que Nueva York solía ver, al menos en damas que tenían razones para desear pasar inadvertidas. Pocas cosas importaban tanto a Newland Archer como una ofensa al "buen gusto", aquella distante divinidad de la que las "formalidades" eran meros representantes y delegados visibles. El semblante pálido y serio de madame Olenska llamó su atención y le pareció adecuado a la ocasión y a su triste situación, pero le chocó y lo perturbó bastante que su traje (de amplio escote) dejara ver sus hombros. Le molestaba profundamente que May Welland estuviera expuesta a la influencia de una mujer que no acataba los dictados del buen gusto.

—Pero después de todo —oyó decir a uno de los jóvenes que estaban detrás de él (todo el mundo conversaba durante las escenas de Mefistófeles y Marta) —, ¿qué fue exactamente lo que sucedió?

—Bueno, ella lo abandonó, nadie pretende negarlo.

—Él es una bestia espantosa, ¿no es así? — continuó el joven de las preguntas, un Thorley cándido que evidentemente se aprestaba a engrosar las filas de los defensores de la dama.

—El peor animal; lo conocí en Niza —dijo Lawrence Lefferts con la autoridad del conocedor—. Un tipo casi paralítico, canoso y burlesco, bien parecido, con ojos de tupidas pestañas. Les diré la clase de hombre que era: cuando no estaba con mujeres, coleccionaba porcelana. Pagaba el precio que fuera por cualquiera de las dos, según dicen.

Hubo una carcajada general, y el joven paladín preguntó:

—¿Y qué pasó entonces?

—Entonces, ella se escapó con su secretario.

—Ah, entiendo —dijo el joven, demudado.

—Pero tampoco duró mucho; supe pocos meses después que ella estaba viviendo sola en Venecia. Creo que Lovell Mingott fue a buscarla; dijo que sufría mucho. Eso está muy bien, pero exhibirla en la ópera es cosa muy diferente.

—Tal vez estaba demasiado desconsolada para dejarla sola —se atrevió a insistir Thorley.

Su argumento recibió una irreverente risotada.

El joven se ruborizó intensamente y trató de hacer creer que había pretendido insinuar lo que la gente instruida llama double entendre.

—Bueno, en todo caso es raro que hayan traído a Miss Welland —dijo alguien en voz baja, lanzando una mirada de soslayo a Archer.

—Oh, eso es parte de la campaña; sin duda son órdenes de la abuela —repuso riendo Lefferts—. Cuando la anciana hace algo, lo hace a la perfección.

El acto terminaba y se produjo un alboroto generalizado en el palco. Newland Archer se sintió súbitamente impulsado a actuar con decisión. El deseo de ser el primero en entrar al palco de Mrs. Mingott, de proclamar al mundo expectante su compromiso con May Welland, y de acompañarla en cualquiera dificultad en que la anómala situación de su prima la pusiera, fue el impulso que borró en forma abrupta todos sus escrúpulos y vacilaciones y lo hizo precipitarse por los rojos pasillos hasta el otro extremo del teatro.

Al entrar al palco, su mirada se cruzó con la de Miss Welland y supo que ella había comprendido al instante los motivos que lo hicieron ir allá, aunque la dignidad familiar, que ambos consideraban la mayor virtud, no le permitiera decírselo. La gente de su mundo vivía en una atmósfera de vagas complicidades y tenues susceptibilidades, y el hecho de que ellos se entendieran sin palabras le pareció al joven que los acercaba mejor que la más clara de las explicaciones. Los ojos de May Welland decían: "Ya ves por qué mamá me hizo venir". Y los de Archer contestaron: "Por nada en el mundo habría evitado yo que vinieras".

—¿Conoce a mi sobrina, la condesa Olenska? preguntó Mrs. Welland al saludar a su futuro yerno. Archer se inclinó sin extender la mano, como se acostumbraba al ser presentado a una dama. Y Ellen Olenska inclinó ligeramente su cabeza, apretando entre las manos enguantadas su enorme abanico de plumas de águila. Después de saludar a Mrs. Lovell Mingott, una robusta rubia vestida de crujiente raso, se sentó al lado de su prometida, y le dijo en voz baja:

—¿Le dijiste a madame Olenska que estamos comprometidos? Quiero que todo el mundo lo sepa. Me gustaría que me permitieras anunciarlo esta noche

en el baile.

El rostro de Miss Welland se sonrojó como una aurora, y lo miró con ojos radiantes.

—Si logras persuadir a mamá —dijo—. Pero, ¿por qué cambiar lo que está ya fijado?

El respondió sólo con los ojos, y ella agregó, con una sonrisa confiada:

—Dilo tú mismo a mi prima, te doy permiso. Dice que jugaba contigo cuando eran niños.

Le hizo lugar retirando hacia atrás su silla, y de inmediato y con cierta ostentación, deseando que todo el teatro viera lo que hacía, Archer se sentó junto a la condesa Olenska.

—¿Te acuerdas que jugábamos juntos? — preguntó ella volviendo hacia él sus ojos serios—. Eras un niño espantoso, y una vez me besaste detrás de una puerta. Pero yo estaba enamorada de tu primo Vandie Newland, que nunca me miró —su mirada recorrió la herradura de palcos—. ¡Cuántos recuerdos me trae todo esto! Los veo a todos de pantalón corto los niños y calzones largos las niñas —murmuró con su acento arrastrado y ligeramente extranjero, mientras sus ojos volvían a posarse en la cara de Archer.

Por muy agradable que fuera la expresión de aquellos ojos, el joven se escandalizó de que reflejaran una imagen tan impropia del augusto tribunal ante el cual, en ese mismo momento, se juzgaba su caso. No había nada de peor gusto que la impertinencia fuera de lugar. Respondió en tono bastante seco:

—Así es, has estado ausente mucho tiempo. Siglos y siglos; tanto tiempo — dijo ella — que me parece estar muerta y enterrada y que este viejo y querido teatro es el cielo.

Por razones que no logró definir, a Newland Archer le chocaron estas palabras; le parecieron un modo aún más irrespetuoso de describir a la sociedad neoyorquina.

Siempre era igual.

La noche de su baile anual, Mrs. Julius Beaufort jamás dejaba de asistir a la ópera. En realidad, daba su baile en una noche de ópera para demostrar que estaba absolutamente por encima de las preocupaciones domésticas, y que

poseía un equipo de sirvientes competentes que atendían todos los detalles en su ausencia. La casa de los Beaufort era una de las pocas en Nueva York que tenía un salón de baile (anterior incluso a la de Mrs. Manson Mingott y a la de los Headly Chivers). Y en una época en que se comenzaba a pensar que era de provincianos poner un tapete protector encima del piso del salón y llevar todos los muebles al piso alto, el hecho de tener una sala de baile que se usara para ese solo propósito y que pasara los restantes trescientos sesenta y cuatro días del año cerrado en la oscuridad, con sus sillas doradas apiladas en un rincón y la araña de luces cubierta por una bolsa, daba a los Beaufort una indudable superioridad que compensaba cualquiera situación deplorable en su pasado.

A Mrs. Archer le gustaba vaciar su filosofía social en axiomas. Una vez dijo: "Todos tenemos nuestros preferidos en la clase baja", y aunque la frase era atrevida, su veracidad fue secretamente admitida en el fondo del corazón por gran parte de lo más distinguido de la sociedad. Pero los Beaufort no eran exactamente clase baja; algunos decían que eran bastante peor. Mrs. Beaufort pertenecía realmente a una de las familias más consideradas de Norteamérica. De soltera fue la encantadora Regina Dallas (de la rama de Carolina del Sur), una beldad sin un centavo presentada a la sociedad neoyorquina por su prima, la desatinada Medora Manson, que siempre hacía lo indebido con buenas intenciones. Cuando alguien está emparentado con los Manson y los Rushworth tiene un *droit de cité* en la sociedad neoyorquina (como decía Mr. Sillerton Jackson, que había frecuentado las Tullerías); pero, ¿no pierde el derecho al casarse con un Julius Beaufort? Había un problema: ¿quién era Mr. Beaufort? Se le tenía por inglés, era agradable, bien parecido, cascarrabias, sociable e ingenioso. Llegó a Estados Unidos premunido de cartas de recomendación del banquero inglés yerno de la anciana Mrs. Manson Mingott, y con rapidez se hizo una buena posición en el mundo de los negocios; pero sus costumbres eran libertinas, su lengua mordaz, sus antecedentes misteriosos, y cuando Medora Manson anunció el compromiso de su prima con él, pareció ser una nueva locura en la larga lista de desatinos de la pobre Medora.

Pero con el tiempo el producto de la locura es a menudo considerado sabiduría, y dos años después del matrimonio de la joven Mrs. Beaufort, todos admitían que su casa era la más distinguida de Nueva York. Nadie sabía exactamente cómo se había operado el milagro. Ella era indolente, pasiva, los cáusticos la consideraban incluso aburrída. Pero vestida como un ídolo, llena de collares de perlas, viéndose cada año más joven, más rubia y hermosa, reinaba en el recargado palacio de piedra color pardo de Mr. Beaufort, y atraía a su alrededor a todo el mundo sin mover su enjoyado dedo meñique. Los perspicaces decían que era Mr. Beaufort quien entrenaba a la servidumbre, enseñaba nuevos platos al chef, decía al jardinero qué flores debía cultivar en el invernadero para adornar la mesa del comedor y los salones, seleccionaba a

los invitados, preparaba el ponche para después de la cena, y dictaba las notas que su esposa escribía a sus amigos. Sí, era verdad que lo hacía. Cumplía estas actividades domésticas en privado y ante el mundo aparentaba ser un millonario despreocupado y amable paseándose por sus salones con la indiferencia de un invitado más, y decía:

—¿No es cierto que las gloxíneas de mi mujer son una maravilla? Creo que las trae de Kew.

Todos coincidían en que el secreto de Mr. Beaufort era la manera de llevar tan bien las cosas. Qué importaba que se rumoreara que había sido "ayudado" a salir de Inglaterra por la institución bancaria donde trabajaba; llevaba auestas ese rumor con la misma facilidad que muchos otros, a pesar de que la conciencia neoyorquina en cuanto a los negocios no era menos sensible que su código moral. Vencía todos los obstáculos, tenía a todo Nueva York en sus salones, y por más de veinte años la gente decía que iba donde los Beaufort con la misma tranquilidad que si dijera que iba donde Mrs. Manson Mingott, y además con la satisfacción de saber que comería pato silvestre y bebería los mejores vinos, en vez del Veuve Clicquot tibio de menos de un año y croquetas de Filadelfia recalentadas.

Como de costumbre, Mrs. Beaufort apareció en su palco justo antes del aria de las joyas; y cuando, también según su costumbre, se levantó al finalizar el tercer acto, se puso su capa de noche alrededor de sus lindos hombros y desapareció, Nueva York supo que eso significaba que dentro de media hora más comenzaría el baile.

La casa de los Beaufort era la que los neoyorquinos se enorgullecían de mostrar a los extranjeros, especialmente la noche del baile anual. Ellos fueron de los primeros en tener su propia alfombra de terciopelo rojo y sus propios lacayos para colocarla, bajo su propio toldo en vez de alquilarlo junto con la cena y las sillas del salón de baile. También iniciaron la costumbre de permitir que las damas se quitaran las capas en el vestíbulo, en lugar de que subieran arrastrándolas hasta el dormitorio de la dueña de casa y se encresparan el cabello con ayuda del mechero de gas. Se rumoreaba que Beaufort había dicho que él suponía que todas las amigas de su mujer tenían doncellas que se preocupaban de que salieran de casa adecuadamente coiffées.

Por tanto la casa entera fue diseñada audazmente con una sala de baile de modo que, en vez de apretujarse a través de un estrecho pasillo de acceso (como en casa de los Chivers) se caminara hacia aquélla con toda comodidad entre una doble hilera de salones (el verde mar, el carmesí y el bouton d'or, desde donde se vislumbraba a la distancia el resplandor de las luces de la araña de numerosas velas reflejado en el pulido parquet, y más allá la penumbra de un jardín de invierno donde las camelias y los helechos arqueaban su suntuoso

follaje sobre bancos de bambú negro y dorado.

Newland Archer, como convenía a un joven de su posición, hizo su entrada algo tarde.

Dejó su abrigo con el lacayo de medias de seda (una de las pocas necesidades de Beaufort), se entretuvo un rato en la biblioteca tapizada en cuero español y amueblada con Buhl y malaquita, donde algunos caballeros charlaban mientras se ponían los guantes de baile; finalmente se unió a la fila de invitados que Mrs. Beaufort recibía en el umbral del salón carmesí. Archer estaba notoriamente nervioso. No había vuelto a su club después de la ópera (como solían hacerlo los jóvenes elegantes como él) sino que, como hacía una hermosa noche, había caminado bastantes cuadras por la Quinta Avenida antes de dirigirse a casa de los Beaufort. La verdad era que temía que los Mingott fueran demasiado lejos, y que, en realidad, hubieran recibido orden de la abuela Mingott de llevar a la condesa Olenska al baile. Por el tono usado en el palco del club se daba cuenta del grave error que eso sería; y, aunque estaba más decidido que nunca a "ir hasta el final", ya no se sentía tan quijotesca ansioso por declararse defensor de la prima de su prometida como antes de su breve conversación en la ópera.

Paseando por el salón "bouton d'or" (donde Beaufort tuvo la osadía de colgar el discutido desnudo de Bouguereau llamado "Amor victorioso"), Archer se encontró con Mrs. Welland y su hija cerca de la puerta del salón de baile. Ya había parejas bailando en la pista; la luz de las velas de cera caía sobre faldas de tul que revoloteaban, sobre cabezas juveniles adornadas con simples capullos de flores, sobre vistosos aigrettes y adornos en las coiffures de las jóvenes casadas, y sobre el brillo de pecheras perfectamente planchadas y guantes recién almidonados.

Miss Welland, sin duda ansiosa por unirse a los bailarines, permanecía en el umbral, con sus lirios silvestres en la mano (no llevaba otro ramo), el rostro algo pálido, los ojos brillantes de ingenua emoción. La rodeaba un numeroso grupo de jóvenes y muchachas, y se escuchaban muchos aplausos, risas y bromas que Mrs. Welland, ligeramente apartada de ellos, aprobaba ocultando un destello de alegría. Era evidente que Miss Welland anunciaba en ese momento su compromiso, mientras su madre adoptaba la actitud de paternal oposición que se consideraba apropiada a ese momento. Archer se detuvo. Era su expreso deseo que se hiciera el anuncio, y sin embargo no era ese el modo en que hubiera querido que se diera a conocer su dicha. Proclamarla en medio del calor y ruido de un repleto salón de baile era restarle la delicada frescura de la privacidad que debe enmarcar los asuntos sentimentales. Su felicidad era tan profunda que esta mancha superficial no tocó su esencia; pero le habría gustado mantener la superficie igualmente pura. Fue una gran satisfacción para él comprobar que May Welland compartía sus sentimientos. Los ojos de

la joven volaron suplicantes en busca de los suyos, con una mirada que parecía decir: "Recuerda que hacemos esto porque es lo que hay que hacer".

Ningún otro mensaje hubiera tenido una respuesta más inmediata en el corazón de Archer; pero prefería que el motivo de su decisión hubiera sido inspirado por alguna razón sublime y no simplemente por la pobre Ellen Olenska. El grupo que rodeaba a Miss Welland le abrió camino en medio de sonrisas maliciosas y después de recibir su cuota de felicitaciones, condujo a su novia al medio del salón de baile y la tomó por la cintura.

—Ahora no tendremos que hablar —dijo con una sonrisa que se reflejaba en los ingenuos ojos de May, mientras bailaban entre las suaves olas del Danubio Azul.

Ella no contestó. Sus labios temblaron al sonreír, pero sus ojos permanecieron distantes y graves, como si contemplaran una visión maravillosa.

"Querida", susurró Archer, estrechándola contra su pecho. Comprendió que las primeras horas del compromiso, aunque se vivieran en un salón de baile, tenían algo muy solemne y sacramental. ¡Qué nueva vida se abría a sus ojos, con aquella pureza, resplandor, bondad a su lado!

Al terminar la pieza, como verdaderos novios, se fueron a pasear al invernadero. Sentados tras un alto abanico de helechos y camelias, Newland besó la enguantada mano de Miss Welland.

—Ya ves que hice lo que me pediste —dijo ella.

—Sí, ya no podía esperar —respondió él sonriendo, y al cabo de un instante agregó—: Pero me habría gustado que no tuviera que ser en un baile.

—Ya sé —dijo May con una mirada comprensiva—. Pero después de todo, aquí podemos estar juntos y solos, ¿no es cierto?

—¡Sí, querida mía, para siempre! —gritó Archer.

Estaba claro que ella siempre lo entendería; siempre diría lo correcto. Este descubrimiento rebalsó la copa de su dicha, y añadió alegremente:

—Lo peor de todo es que quiero besarte y no puedo.

Mientras decía esto lanzó una rápida mirada por el invernadero, se aseguró de su momentánea intimidad, y acercándola a él puso un fugitivo beso en sus labios. Para contrapesar la audacia de su proceder la condujo a un sofá de bambú situado en una parte menos apartada del jardín de invierno, y al sentarse a su lado rompió uno de los lirios de su ramo. Ella se quedó en silencio, y el mundo se tendió a los pies de los novios como un valle soleado.

—¿Se lo dijiste a mi prima Ellen? —preguntó ella de pronto, como si

hablara en sueños.

El pareció despertar, y recordó que no lo había hecho. La invencible repugnancia que sentía ante la idea de decírselo a la extraña desconocida había frenado las palabras en su boca.

—No, no tuve ocasión de hacerlo —dijo, inventando rápidamente una mentira.

—Ah —May estaba desilusionada, pero resuelta a salir con la suya del modo más dulce—. Entonces tienes que hacerlo, porque yo tampoco se lo dije. Y no me gustaría que ella pensara...

—Claro que no. Pero, ¿no eres tú más bien la persona adecuada para decírselo?

Ella reflexionó.

—Si lo hubiera hecho de inmediato, sí; pero ahora que han pasado unas horas, creo que eres tú quien debe explicarle que te pedí que se lo dijeras en la ópera, antes de que lo supiera nadie más. De otra forma podría pensar que me olvidé de ella. Lo que pasa es que ella es parte de la familia pero ha estado ausente tanto tiempo que está un poco... sensible.

Archer la miró deslumbrado.

—¡Ángel mío adorado! Por supuesto que se lo diré —miró con cierta aprensión hacia el atestado salón de baile—. Pero todavía no la he visto. ¿Habrá venido?

—No, a último minuto decidió no venir.

—¿A último minuto? —repitió él como en un eco, traicionando su sorpresa de que May pensara que podía venir.

—Sí. A ella le encanta bailar —contestó la joven con sencillez—. Pero de súbito decidió que su vestido no era lo suficientemente elegante para un baile, aunque todos opinamos que era precioso, y entonces mi tía tuvo que llevarla de vuelta a casa.

—Entonces... —dijo Archer con indiferencia, pero muy complacido.

Nada le gustaba más en su novia que su resuelta determinación a llevar hasta su límite aquel ritual en que ambos habían sido educados: ignorar lo "desagradable".

"Ella sabe tan bien como yo —reflexionó para sí— la verdadera razón de la ausencia de su prima; pero jamás le mostraré el menor signo de que estoy perfectamente consciente de que hay una sombra de mancha en la reputación de la pobre Ellen Olenska."

Al día siguiente se intercambiaron las acostumbradas visitas de compromiso. En Nueva York el ritual era preciso e inflexible en dicha materia. Por tanto, Newland Archer fue primero con su madre y hermana a visitar a Mrs. Welland, después de lo cual él y Mrs. Welland y May se dirigieron a casa de la anciana Mrs. Manson Mingott para recibir la bendición de aquel venerable miembro de la familia. A Newland le resultaba siempre muy entretenido visitar a Mrs. Manson Mingott. La casa en sí ya era un documento histórico, aunque no tan venerable, por supuesto, como algunas otras antiguas casas familiares en University Place y en la parte baja de la Quinta Avenida. Aquellas eran del más puro estilo 1830, con la severa armonía de las alfombras bordadas con guirnaldas y rosetones de coles, consolas de palo de rosa, chimeneas de arco redondeado con repisas de mármol negro, e inmensas y lustrosas estanterías de caoba. En cambio, la anciana Mrs. Mingott, que construyó su casa más tarde, eliminó enteramente los pesados muebles de su juventud y mezcló las reliquias heredadas por los Mingott con la frívola tapicería del Segundo Imperio.

Acostumbraba sentarse frente a la ventana de su salita del primer piso, como si esperara plácidamente que la vida y la moda fluyeran hacia el norte, hacia sus puertas solitarias. Parecía no tener prisa de que llegaran, pues su paciencia igualaba a su confianza. Estaba segura de que dentro de poco las cercas divisorias, las canteras, las cantinas de un piso, los invernaderos de madera en jardines mal cuidados, y las rocas desde las cuales las cabras inspeccionan el panorama, desaparecerían ante el avance de residencias tan majestuosas como la suya; tal vez (era una mujer imparcial) incluso más majestuosas. Y pensaba que los adoquines sobre los cuales corrían ruidosos los viejos buses serían reemplazados por un suave asfalto, como mucha gente decía haber visto en París. Por ahora, como todos los que ella quería ver la visitaban (y podía llenar sus salones con la misma facilidad que los Beaufort, y sin tener que añadir un solo elemento al menú de la cena), no sufría en absoluto por su aislamiento geográfico.

En su madurez, el descomunal aumento de carnes que la arrollaba como un río de lava sobre una ciudad condenada, la hizo cambiar y de ser una gorda activa con pie y tobillo bien torneados se transformó en una cosa tan enorme e imponente como un fenómeno natural. Aceptó este aluvión con la misma filosofía con que enfrentó otras pruebas, y ahora, en su extrema ancianidad, recibía el premio de presentar al espejo una extensión casi sin arrugas de carne firme, sonrosada y blanca, en medio de la cual sobrevivían las huellas de una

cara pequeña que parecía esperar la excavación. Una cascada de blandas papadas caía en las tambaleantes profundidades de un pecho todavía blanco, velado por albas muselinas que sujetaba una miniatura con el retrato del difunto Mr. Mingott; y, tanto a su alrededor como bajo ella, olas tras olas de seda negra rebasaban los bordes de un amplio sillón, a la vez que dos pequeñas manos blancas se posaban como gaviotas en la superficie del oleaje.

Hacía tiempo que el peso de la carne impedía a Mrs. Manson Mingott subir y bajar escaleras, por lo cual, con su característica independencia, habilitó en el piso alto sus salas de recepción y ella se instaló en el piso bajo de la casa (en flagrante violación a los cánones sociales neoyorquinos). Por esta razón, si uno se sentaba con ella junto a la ventana de su salita, podía gozar (a través de una puerta permanentemente abierta y de una cortina de damasco amarillo sujeta por una lazada) del inesperado espectáculo que ofrecía un dormitorio con una inmensa cama baja tapizada como un sofá, y una mesa de tocador adornada con frívolos volantes de encaje y un espejo en marco dorado. Sus visitantes se sorprendían y a la vez se fascinaban con lo exótico de esta decoración, que les recordaba escenas de novelas francesas e inmorales incentivos arquitectónicos que los ingenuos norteamericanos jamás soñaron. Era la forma en que vivían las mujeres con sus amantes en las antiguas sociedades pervertidas, en departamentos con todas las habitaciones en un piso, y con todas las indecentes promiscuidades que se describían en sus novelas. Newland Archer (que en su interior situaba las escenas amorosas de Monsieur de Camors en el dormitorio de Mrs. Mingott) se divertía pensando cómo transcurría su intachable vida en aquel escenario de adulterio; pero se decía, con gran admiración, que si algún amante hubiera sido lo que ella aspiraba, la intrépida mujer no habría dudado en aceptarlo.

Para alivio de todos, la condesa Olenska no se presentó en el salón de su abuela durante la visita de los novios. Mrs. Mingott dijo que había salido, lo cual en un día de mucho sol y a la "hora de las compras" parecía algo poco recomendable para una mujer de discutida reputación. Como fuera, les evitó el desagrado de su presencia y ahuyentó la leve sombra que su triste pasado pudiera hacer caer en el radiante futuro de la pareja. La visita fue muy agradable, como era de esperarse. Mrs. Mingott estaba encantada con el futuro matrimonio que, previsto hacía largo tiempo por los parientes más observadores, había sido cuidadosamente discutido en consejo de familia. También el anillo de compromiso, un enorme y grueso zafiro engastado en garfios invisibles, le produjo una profunda admiración.

—Es un engaste moderno —explicó Mrs. Welland, con una indulgente mirada de soslayo hacia su futuro yerno—. Es cierto que realza maravillosamente la piedra, pero puede parecer un tanto desnuda a los ojos acostumbrados a los anillos pasados de moda.

—¿Pasados de moda? Espero que no te referirás a los míos, querida. Me encantan todas las novedades —exclamó la anciana, acercando la piedra a sus pequeñas pupilas brillantes, que ningún lente había afeado—. Preciosa —añadió, devolviendo la joya—, magnífica. En mi época nos bastaba con un camafeo rodeado de perlas. Pero es la mano la que embellece el anillo, ¿no es así, mi querido Mr. Archer? —e hizo un ademán con una de sus pequeñas manos de uñas puntiagudas y rollos de grasa que la edad colocara rodeando la muñeca cual brazaletes de marfil—. El mío fue modelado en Roma por el gran Ferrigiani. Debería encomendarle el de May; sin duda se lo hará, querido. Mi nieta tiene la mano grande por esos deportes que ensanchan las coyunturas, pero su piel es blanca. Y, ¿cuándo es la boda? —dijo abruptamente, interrumpiéndose y fijando los ojos en el rostro de Archer.

—Oh... —murmuró Mrs. Welland.

Pero el joven, dedicando una sonrisa a su novia, respondió:

—Lo más pronto posible, si usted me apoya, Mrs. Mingott.

—Debemos darles tiempo para que se conozcan un poco más, mamá —intercaló Mrs. Welland, fingiendo la debida oposición.

—¿Conocerse más? —repitió la anciana—. ¡Qué tontería! En Nueva York todos nos conocemos desde siempre. Deja que este joven haga las cosas a su manera, querida; no esperen hasta que el vino pierda sus burbujas. Que se casen antes de Cuaresma; cualquier invierno me pesco una neumonía, y quiero ofrecerles el desayuno de bodas.

Los sucesivos argumentos fueron recibidos con discretas expresiones de hilaridad, incredulidad y agradecimiento. La visita concluía en un ambiente de suave alegría cuando se abrió la puerta para dar paso a la condesa Olenska, que entró con sombrero y capa, seguida de la inesperada figura de Julius Beaufort. Hubo un murmullo de alborozo entre las mujeres, y Mrs. Mingott extendió el modelo de Ferrigiani hacia el banquero.

—¡Ah, Beaufort, éste es un acontecimiento único! Seguía la curiosa costumbre extranjera de tratar a los hombres por sus apellidos.

—Gracias. Me gustaría que sucediera más a menudo —dijo el visitante con su arrogante aire de sencillez—. Estoy tan ocupado por lo general; pero me encontré con la condesa Ellen en Madison Square y ella tuvo la gentileza de permitirme acompañarla en su camino a casa.

—¡Espero que la casa sea más alegre ahora que Ellen está aquí! —exclamó Mrs. Mingott con increíble desfachatez—. Siéntese, siéntese, Beaufort, acerque el sillón amarillo. Ahora que lo tengo aquí, quiero que me cuente los últimos chismes. Supe que su baile fue magnífico, y escuché que había

invitado a Mrs. Lemuel Struthers. Tengo una gran curiosidad por ver a esa mujer con mis propios ojos.

Se había olvidado de sus parientes, que salían al vestíbulo guiados por Ellen Olenska. La anciana Mrs. Mingott siempre profesó gran admiración a Julius Beaufort, y había una especie de similitud en el frío tono dominante de ambos y en su manera de salirse de las convenciones por cualquier atajo. Ahora moría de curiosidad de saber qué impulsó a los Beaufort a invitar (por primera vez) a Mrs. Lemuel Struthers, la viuda del "Betún Struthers", que había regresado el año anterior de un largo viaje de iniciación por Europa para poner sitio a la cerrada y pequeña ciudadela de Nueva York.

—Claro que si usted y Regina la invitan, se da por terminado el asunto. Bien, necesitamos sangre nueva y dinero nuevo, y se dice que ella sigue siempre muy hermosa —declaró la implacable anciana.

En el vestíbulo, mientras Mrs. Welland y May se colocaban sus abrigos de piel, Archer notó que la condesa Olenska lo miraba con una sonrisa un tanto inquisitiva.

—Ya veo que sabes acerca de May y yo — dijo respondiendo a su mirada con una sonrisa tímida—. Me reprendió por no haberte dado la noticia anoche en la ópera; tenía órdenes tuyas de contarte que estábamos comprometidos, pero no pude hacerlo en medio del gentío.

La sonrisa de la condesa Olenska pasó de sus ojos a sus labios, lo que la hizo verse más joven, más parecida a la audaz y morena Ellen Mingott de su infancia.

—Sí, ya lo sé, y me alegro mucho. Pero, claro, uno no da tales noticias entre tanta gente. —Tendió la mano a las dos mujeres paradas en el umbral. —Adiós, vengan a verme uno de estos días —dijo, con los ojos clavados en Archer.

En el carruaje, mientras bajaba por la Quinta Avenida, conversaron con entusiasmo acerca de Mrs. Mingott, de su edad, su ánimo y todos sus maravillosos atributos. Nadie hizo alusión a Ellen Olenska; pero Archer sabía lo que Mrs. Welland estaba pensando: "Es un error que Ellen se muestre al día siguiente de su llegada, paseándose por la Quinta Avenida, a la hora más concurrida, y en compañía de Julius Beaufort". Y el joven agregaba mentalmente por su parte: "Y debería saber que un hombre que acaba de comprometerse no gasta su tiempo en visitar a mujeres casadas. Pero sabemos que en el medio en que ha vivido todos lo hacen, más bien no hacen otra cosa".

Y a pesar de que se enorgullecía tanto de sus opiniones cosmopolitas, Archer dio gracias al cielo de ser neoyorkino, y de estar a punto de unirse a

alguien de sus mismas ideas.

5

La noche siguiente, Mr. Sillerton Jackson fue a cenar con los Archer.

Mrs. Archer era una mujer tímida que vivía apartada de la sociedad, pero le gustaba estar enterada de todo lo que pasaba. Su viejo amigo Sillerton Jackson dedicaba al afán de investigar los asuntos de sus amigos la paciencia de un coleccionista y la ciencia de un naturalista; y su hermana, Miss Sophy Jackson, que vivía con él y era agasajada por todos los que no podían lograr la presencia de su demasiado solicitado hermano, aportaba algunos chismes menos importantes que completaban espléndidamente los vacíos del informe de Sillerton.

Entonces, cuando sucedía algo que Mrs. Archer quería saber, invitaba a Mr. Jackson a cenar; y como favorecía a muy poca gente con sus invitaciones y como ella y su hija Janey eran un excelente auditorio, Mr. Jackson concurría por lo general en persona en lugar de enviar a su hermana. Si hubiera podido poner sus condiciones, elegiría las noches en que Newland no estaba en casa; no por no congeniar con el joven (tenían una magnífica relación en el club) sino porque el anciano reseñador de anécdotas intuía a veces en Newland una tendencia a dudar de sus datos, lo que las mujeres de la familia jamás hacían.

Si fuera posible alcanzar la perfección en la tierra, Mr. Jackson también pediría que la comida que ofrecía Mrs. Archer fuera un poquito mejor. Pero Nueva York, hasta donde la mente de un hombre podía recordar, se dividía entre los dos grandes grupos fundamentales de los Mingott y los Manson y sus clanes aficionados a comer y vestir bien y a tener dinero, y la tribu de los Archer—Newland—van—der—Luyden, que amaban los viajes, la horticultura y las buenas novelas, pero que despreciaban los demás placeres vulgares.

Pero desgraciadamente no se puede tener todo. Si se cena en casa de los Lovell Mingott habrá pato y tortuga marina y vinos de buenas cosechas; en casa de Adeline Archer se hablará del paisaje alpino y de "El Fauno de Mármol"; y, con suerte, su Madeira alcanzará para todos. Por lo tanto, cuando recibía una amable invitación de Mrs. Archer, Mr. Jackson, que era realmente ecléctico, decía a su hermana:

—La última comida en casa de los Lovell Mingott me ha dejado bastante gotoso, me hará mucho bien ayunar donde Adeline.

Mrs. Archer era viuda desde hacía muchos años y vivía con su hijo y su hija en la calle Veintiocho Oeste. El piso alto era ocupado por Newland, y las

dos mujeres se apretujaban en las estrechas habitaciones de la planta baja. En medio de una serena armonía de gustos e intereses, madre e hija cultivaban helechos en macetas, hacían encaje macramé y bordados de lana en lino, coleccionaban loza vidriada de la época de la revolución americana, estaban suscritas a Good Words, y leían las novelas de Ouida por su ambiente italiano. (Preferían aquellas sobre la vida campesina, por sus descripciones del paisaje y la calidad de los sentimientos, aunque generalmente les gustaban las novelas acerca de la gente de sociedad, cuyas motivaciones y costumbres les eran más comprensibles; criticaban severamente a Dickens, que "nunca describió a un caballero", y consideraban que Thackeray estaba fuera de su elemento entre el gran mundo en comparación con Bulwer, a quien, sin embargo, se empezaba a considerar pasado de moda.)

Mrs. Archer y su hija eran amantes del paisaje. Era lo que más buscaban y admiraban en sus ocasionales viajes al extranjero; consideraban la arquitectura y la pintura más apropiadas para hombres, especialmente para personas letradas que leían a Ruskin. El apellido de soltera de Mrs. Archer era Newland, y madre e hija, que parecían hermanas, eran, como decía la gente, "verdaderas Newland": altas, pálidas, de hombros ligeramente encorvados, nariz larga, sonrisa dulce y una cierta distinción lánguida como en algunos descoloridos retratos de Reynolds. El parecido físico sería completo si no fuera que la embonpoint propio de la edad que hacía estirarse el brocado negro de Mrs. Archer, mientras que las popelinas café y púrpura colgaban cada vez con mayor soltura del cuerpo virginal de Miss Archer a medida que pasaban los años.

Pero Newland estaba convencido de que, mentalmente, la similitud entre ambas era menor de lo que a menudo sus idénticos amaneramientos permitían creer. El largo hábito de vivir juntas en una intimidad de mutua dependencia les dio el mismo vocabulario y la misma costumbre de empezar las frases diciendo: "mamá piensa" o "Janey piensa", según una u otra quería dar una opinión propia. Pero en realidad, en tanto que la serena falta de imaginación de Mrs. Archer se atenía con facilidad a lo aceptable y conocido, Janey era propensa a sobresaltos y extravíos de la fantasía que surgía de fuentes de reprimido romanticismo. Madre e hija se adoraban entre ellas y veneraban a su hijo y hermano. Y Archer las amaba con una ternura incondicional y llena de remordimientos a causa de la exagerada admiración de ellas, y de la íntima satisfacción que ésta le hacía sentir. Después de todo, pensaba que era bueno para un hombre que su autoridad fuera respetada en su propia casa, aun cuando a veces su sentido del humor le hacía cuestionarse la fuerza de tal autoridad. En esta oportunidad, el joven estaba totalmente seguro de que Mr. Jackson prefería que él cenara fuera; pero tenía buenos motivos para no hacerlo.

Naturalmente, Jackson quería hablar de Ellen Olenska, y naturalmente Mrs. Archer y Janey querían escuchar lo que iba a decir. Los tres se sentían un poco molestos por la presencia de Newland, ahora que se conocía su futura relación con el clan Mingott; y el joven esperaba, con curiosidad y ganas de divertirse, ver cómo soslayarían la dificultad. Empezaron en forma indirecta hablando de Mrs. Lemuel Struthers.

—Fue una lástima que los Beaufort la invitaran —dijo suavemente Mrs. Archer—. Lo malo es que Regina hace siempre lo que él dice; y Beaufort...

—A Beaufort se le escapan algunos matices —dijo Mr. Jackson, inspeccionando cautelosamente el sáballo a la parrilla, mientras se preguntaba por enésima vez por qué el cocinero de Mrs. Archer siempre quemaba los huevos de pescado en las cenizas. (Newland, que compartía por años esta incógnita, pudo detectarla en la melancólica desaprobación que se retrataba en el rostro del anciano.)

—Cierto, no hay duda de que Beaufort es un hombre vulgar —dijo Mrs. Archer—. Mi abuelo Newland siempre le decía a mi madre: "Por ningún motivo permitas que le presenten a ese tal Beaufort a las niñas." Pero al menos ha tenido la suerte de asociarse con caballeros; en Inglaterra también, dicen. Todo es muy misterioso.

Miró a Janey e hizo una pausa. Ambas conocían hasta el último resquicio del misterio Beaufort, pero en público Mrs. Archer seguía aparentando que el tema no era conveniente para una soltera.

—Pero esta Mrs. Struthers —prosiguió Mrs. Archer—, ¿qué dijo usted que era, Sillerton?

—Salió de una mina, o más bien de la cantina cercana a la cantera. Después hizo un tour por Nueva Inglaterra con un espectáculo de figuras de cera en vivo. Cuando la policía acabó con eso, dicen que vivió...

Mr. Jackson miró a su vez a Janey, cuyos ojos parecían saltar bajo sus prominentes párpados. Todavía había sorpresas para ella en el pasado de Mrs. Struthers.

—Luego —continuó Mr. Jackson (y Archer supo que se preguntaba por qué nadie dijo al mayordomo que no cortara los pepinos con un cuchillo de acero) —, apareció Lemuel Struthers. Dicen que su publicista utilizaba la cabeza de la joven para la propaganda del betún de zapatos, por su pelo intensamente negro, como ustedes saben, al estilo egipcio. Lo cierto es que..., finalmente..., se casó con ella.

Había una fuerte insinuación maliciosa en esa manera de espaciar la palabra "finalmente", recalcando la importancia de cada sílaba.

—Bueno, pero al paso que vamos hoy día, eso ya no importa —dijo Mrs. Archer con tono indiferente.

A las damas no les interesaba en realidad Mrs. Struthers; el tema de Ellen Olenska era demasiado novedoso y demasiado absorbente para ellas. A decir verdad, Mrs. Archer mencionó el nombre de Mrs. Struthers sólo para permitirse decir:

—¿Y la nueva prima de Newland, la condesa Olenska? ¿También fue al baile?

Había un leve toque de sarcasmo en la referencia a su hijo, y Archer lo advirtió, y lo esperaba. Hasta Mrs. Archer, que rara vez se interesaba gran cosa en los eventos humanos, se había alegrado enormemente con el compromiso de su hijo. ("Sobre todo después del estúpido asunto con Mrs. Rushworth", había comentado con Janey, aludiendo a lo que fuera para Newland una tragedia de la cual creyó que su alma guardaría por siempre las cicatrices.) No había mejor partido en Nueva York que May Welland, desde todo punto de vista. Por supuesto que tal matrimonio era lo que se merecía Newland, pero los jóvenes son tan tontos e impredecibles —y algunas mujeres tienden tan bien sus trampas y son tan inescrupulosas— que era casi un milagro ver a su único hijo pasar sin sucumbir frente a la Isla de las Sirenas e instalarse en el paraíso de una inocente vida doméstica. Era lo que sentía Mrs. Archer y su hijo lo sabía; pero también sabía que estaba perturbada por el apresurado anuncio de su compromiso, o más bien por su causa; y por ese motivo — pues en el fondo era un amo tierno e indulgente— se quedó en casa esa noche.

—No es que desaprobe el esprit de corps de los Mingott, pero no entiendo por qué el compromiso de Newland tiene que mezclarse con las idas y venidas de la Olenska —refunfuñó al oído de Janey, único testigo de esas leves caídas en su perfecta dulzura. Se había comportado a la perfección —y en cuanto a buen comportamiento nadie la sobrepasaba— durante la visita a Mrs. Welland; pero Newland sabía (y su novia sin duda lo adivinaba) que durante toda la visita ella y Janey estuvieron nerviosas temiendo una posible intrusión de madame Olenska. Y cuando salieron de la casa, se permitió decir a su hijo:

—Me alegro de que Augusta Welland nos haya recibido a solas.

Estos indicios de trastornos internos influyeron más aún para que Archer también pensara que los Mingott habían ido un tanto demasiado lejos. Pero como atentaba contra todas las reglas del código familiar que madre e hijo hicieran alusión a sus más íntimos pensamientos, sólo replicó:

—Bueno, siempre cuando uno se compromete hay que pasar por una serie de reuniones familiares, y cuanto más pronto se haga, mejor.

A lo que su madre respondió con un simple fruncimiento de labios bajo el

velo de encaje que caía de su sombrero de terciopelo gris bordeado de frutas artificiales.

Archer presintió que aquella noche la venganza de su madre, su legítima venganza, sería "arrastrar" a Mr. Jackson al tema de la condesa Olenska. Y, como ya había cumplido públicamente su deber de futuro miembro del clan Mingott, el joven no tuvo objeción a que se hablara de la dama en privado, aunque el tema ya comenzaba a aburrirlo.

Mr. Jackson se había servido una rebanada del filete tibio que le presentara el taciturno mayordomo con una mirada tan escéptica como la suya, pero rechazó la salsa de callampas después de olerla en forma imperceptible. Se sentía frustrado y hambriento, y Archer pensó que probablemente terminaría por comerse a Ellen Olenska.

Mr. Jackson se echó atrás en su silla, y miró hacia los Archer, Newland y Van der Luyden iluminados por candelabros que colgaban dentro de oscuros marcos sobre las oscuras paredes.

—¡Cuánto le gustaba la buena comida a tu abuelo Archer, mi querido Newland! —dijo fijando los ojos en el retrato de un hombre joven y regordete de alzacuello y chaqueta azul, frente a una casa de campo con columnas blancas—. ¡Vaya, vaya, vaya, me pregunto qué habría dicho de estos matrimonios con extranjeros!

Mrs. Archer pasó por alto la alusión a la ancestral cuisine y Mr. Jackson continuó, enfatizando sus palabras:

—No, ella no estaba en el baile.

—Ah —murmuró Mrs. Archer, en un tono que quería decir: "Por lo menos tuvo la decencia de no ir".

—Tal vez los Beaufort no la conocen — sugirió Janey, con su ingenua malicia.

Mr. Jackson hizo un vago ademán de beber, como si probara un invisible Madeira.

—Puede que Regina no —dijo—, pero Beaufort sí la conoce, porque toda Nueva York la vio esta tarde paseando con él por la Quinta Avenida.

—¡Dios mío! —gimió Mrs. Archer, que evidentemente percibía la inutilidad de tratar de atribuir a un sentido de delicadeza las actitudes de los extranjeros.

—No sé si usa sombrero o capota por la tarde —especuló Janey—. Sé que a la ópera fue de terciopelo azul oscuro, totalmente simple y liso, como una camisa de dormir.

—¡Janey! —exclamó su madre ruborizada y, tratando de adoptar una actitud de audacia, agregó—: En todo caso, fue de mejor gusto no ir al baile.

Un espíritu perverso indujo a su hijo a replicar:

—No creo que haya sido cuestión de buen gusto de su parte. May dijo que pensaba ir, pero después decidió que su vestido no era lo suficientemente elegante.

Mrs. Archer acogió con una sonrisa esta confirmación de sus deducciones.

—Pobre Ellen —dijo con sencillez, y agregó compasiva—: No debemos olvidar la excéntrica educación que le dio Medora Manson. ¿Qué se puede esperar de una muchacha a la que se permite usar raso negro en su baile de estreno en sociedad?

—¡Ah, no voy a recordarla con ese vestido! —dijo Mr. Jackson, y agregó —: ¡Pobrecita! —en el tono de quien, disfrutando con el recuerdo, en su momento había entendido perfectamente lo que aquel espectáculo auguraba.

—Es raro —hizo notar Janey— que haya conservado un nombre tan feo como Ellen. Yo lo habría cambiado por Elaine —recorrió la mesa con la vista para ver el efecto de su opinión.

—¿Por qué Elaine? —preguntó su hermano, riendo.

—No sé, suena mejor, más polaco —repuso Janey, enrojeciendo.

—Suena más llamativo, y no es eso lo que ella desea —dijo Mrs. Archer en tono distraído.

—¿Por qué no? —atacó su hijo, con un súbito impulso discutidor—. ¿Por qué no puede ser llamativa si quiere? ¿Por qué tiene que vivir ocultándose como si fuera ella la que se deshonró? Es la "pobre Ellen", de acuerdo, porque tuvo la mala suerte de hacer un mal matrimonio; pero no veo razón para que esconda la cabeza como si fuera la culpable.

—Supongo que esa es la línea que piensan tomar los Mingott —comentó Mr. Jackson, pensativo.

El joven se sonrojó.

—No tuve que esperar su veredicto, si es lo que quiere decir, señor. Madame Olenska ha tenido una vida desgraciada, lo que no la hace una descastada.

—Hay rumores... —empezó a decir Mr. Jackson, lanzando una mirada a Janey.

—Ya sé, el secretario —le interrumpió Archer—. Qué importa, madre, Janey ya está grande. Dicen, ¿no es cierto? —continuó—, que el secretario la

ayudó a escapar de aquella bestia de marido que la tenía prácticamente prisionera. Bueno, ¿y qué importa que lo hiciera? Espero que no haya entre nosotros un hombre que no hubiera hecho lo mismo en ese caso.

Mr. Jackson se dirigió al mayordomo por encima del hombro:

—Después de todo, tomaría tal vez un poco de esa salsa, sólo un poco y después de servirse, añadió—: Me dijeron que ella está buscando una casa. Entonces, se queda a vivir aquí.

—Yo escuché que piensa obtener el divorcio —dijo Janey con gran audacia.

—¡Espero que lo logre! —exclamó Archer.

La palabra cayó como una bomba en la pura y serena atmósfera del comedor de los Archer. Mrs. Archer arqueó sus finas cejas con ese particular movimiento que significa: "Está el mayordomo...". Y el joven, también consciente del mal gusto de discutir asuntos tan íntimos en público, rápidamente cambió el tema iniciando un relato de su visita a la anciana Mrs. Mingott.

Acabada la cena, siguiendo una costumbre inmemorial, Mrs. Archer y Janey subieron al salón arrastrando sus largos drapados de seda, y, mientras los caballeros se quedaban fumando en la planta baja, se sentaron junto a una lámpara Carcel con globo grabado al buril, una frente a otra separadas por una mesa de trabajo de palo de rosa, debajo de la cual había una bolsa de seda verde, y comenzaron a bordar en ambos extremos de una tapicería floreada destinada a adornar alguna "silla para casos de necesidad" en el salón de la joven Mrs. Newland Archer.

Mientras se realizaba este ritual arriba, Archer instaló a Mr. Jackson en un sillón junto al fuego en la biblioteca gótica y le pasó un cigarro. Mr. Jackson se hundió con satisfacción en el asiento, encendió su cigarro con toda confianza (porque los había comprado Newland), y estirando sus viejos y delgados tobillos hacia las brasas, dijo:

—¿Dices que el secretario sólo la ayudó a escapar, querido muchacho? Bueno, entonces quiere decir que seguía ayudándola un año después, pues alguien se encontró con ellos cuando vivían juntos en Lausanne.

Newland enrojeció.

—¿Vivían juntos? Bueno, ¿y por qué no? ¿Quién más que ella tenía derecho a rehacer su vida? Estoy harto de la hipocresía que enterraría viva a una mujer de su edad si su marido prefiere vivir con ramerías.

Se detuvo y se volvió furioso a encender su cigarro.

—Las mujeres deben ser libres, tan libres como lo somos nosotros declaró, descubriendo que estaba demasiado irritado para medir sus terribles consecuencias.

Mr. Sillerton Jackson acercó más a las brasas sus piernas y emitió un sardónico silbido.

—Bueno —dijo después de una pausa—, aparentemente el conde Olenski era de tu misma opinión, pues jamás escuché que moviera un dedo para llevarse a su mujer de vuelta.

6

Aquella noche, una vez que Mr. Jackson hubo partido y que las mujeres se retiraron a su dormitorio con cortinas de chinz, Newland Archer subió pensativo a su estudio. Una mano solícita había, como de costumbre, mantenido encendido el fuego y nivelada la mecha de la lámpara; y la habitación, con sus hileras e hileras de libros, las estatuillas de bronce y acero de "Los Espadachines" encima de la chimenea y las numerosas fotografías de cuadros famosos, era singularmente agradable y acogedora. Al arrellanarse en el sillón junto al fuego, sus ojos se fijaron en una gran fotografía de May Welland que la joven le regalara el primer día de su romance, y que había desplazado todos los demás retratos de la mesa. Con renovada sensación de admiración contempló la amplia frente, los ojos serios y la alegre boca inocente de la joven de cuya alma él iba a ser el guardián. Aquel aterrador producto del sistema social al cual pertenecía y en el que creía, la jovencita que no sabía nada y lo esperaba todo, le devolvía la mirada de una desconocida en las facciones familiares de May Welland; y una vez más tuvo que aceptar que el matrimonio no era un anclaje en puerto seguro, como le habían enseñado, sino un viaje por mares que no figuran en los mapas.

El caso de la condesa Olenska removi6 viejas convicciones establecidas y las dejó navegando a la deriva entre sus pensamientos. Su propia exclamación: "las mujeres deben ser libres, tan libres como nosotros", tocaba la raíz de un problema que su propio mundo había decidido considerar inexistente. Una mujer "decente", aunque hubiera sido agraviada, jamás podría reclamar la clase de libertad de que él hablaba, y los hombres de corazón generoso como el suyo estarían caballerosamente dispuestos —en el calor de la discusión— a concedérsela. Tales generosidades verbales no eran de hecho más que un engañoso disfraz de las inexorables convenciones que ataban una cosa con otra y encerraban a todos dentro de los viejos moldes. Pero en este caso se veía comprometido a defender, por la prima de su novia, una conducta que, si se

tratara de su propia esposa, lo obligaría a invocar contra ella todo el rigor de la Iglesia y del estado.

Claro que se trataba de un dilema meramente hipotético; al no ser él no era un noble polaco y sinvergüenza, era absurdo especular acerca de cuáles serían los derechos de su esposa, si lo hubiera sido. Pero Newland Archer tenía demasiada imaginación como para no pensar que, en el caso suyo con May, la cuerda se cortaría por razones muchísimo menos vulgares y evidentes. ¿Qué podían saber uno del otro, si era su deber de muchacho "decente" ocultarle su pasado, y el de ella, como joven casadera, no tener pasado que esconder? ¿Qué pasaría si, por cualquiera de las razones más sutiles, se cansaban uno del otro, no se comprendían o se irritaban mutuamente? Pasó revista a los matrimonios de sus amigos —a los supuestamente más felices— y no vio ninguno que respondiera, ni remotamente, a la apasionada y tierna camaradería que él soñaba como relación permanente con May Welland. Se daba cuenta de que tal imagen suponía en ella la experiencia, versatilidad, libertad de juicio que la educación recibida se había empeñado cuidadosamente en negarle; y con un escalofriante presentimiento vio su matrimonio igual al de la mayoría de los que lo rodeaban: una monótona asociación de intereses materiales y sociales que se mantenía por la ignorancia de una de las partes y la hipocresía de la otra.

Le pareció que Lawrence Lefferts era el marido que mejor había hecho realidad este envidiable ideal. Como llegó a ser el sumo sacerdote de las formalidades, formó a su esposa tan a su exclusiva conveniencia que, en los momentos más evidentes de sus frecuentes amoríos con las esposas de otros hombres, ella demostraba su sonriente ignorancia diciendo: "Lawrence es tremendamente estricto"; y se la vio ruborizarse indignada y bajar la mirada cuando alguien mencionaba en su presencia el hecho de que Julius Beaufort (como todo "extranjero" de origen dudoso) tuviera lo que se llamó en Nueva York "otra residencia".

Archer trató de consolarse pensando que no era tan demasiado necio como Larry Lefferts, ni May tan tontona como la pobre Gertrude; pero finalmente la diferencia era sólo de inteligencia y no de normas morales. En realidad, todos vivían en una especie de mundo de acertijos, donde lo verdadero nunca se decía ni se hacía ni se pensaba. Mrs. Welland, que sabía perfectamente por qué Archer la había presionado para que anunciara el compromiso con su hija en el baile de los Beaufort (y en realidad esperaba que así lo hiciera), se sintió obligada no obstante a simular desaprobación y a fingir que le habían torcido la mano, tal como la novia salvaje es arrastrada entre alaridos de la tienda de sus padres en los libros sobre el hombre primitivo, que la gente de mayor cultura ya empezaba a leer en esa época.

Naturalmente, el resultado de todo esto era que la joven que constituía el

centro de su elaborado sistema de mistificación, seguía siendo la más inescrutable por su misma franqueza y seguridad. La pobrecita era franca porque no tenía nada que esconder, y era segura porque no sabía que hubiera algo que la amenazara; y sin otra preparación iba a sumergirse de la noche a la mañana en lo que la gente llamaba en tono vago "las cosas de la vida".

Archer estaba enamorado sinceramente, pero con gran placidez. Le encantaba la radiante belleza de su novia, su buena salud, sus dotes de equitadora, su gracia y viveza en los juegos, y el tímido interés en libros e ideas que comenzaba a desarrollar guiada por él. (Había avanzado bastante como para ridiculizar juntos los Idilios del Rey, pero no tanto como para captar la belleza de Ulises y los Indolentes.) Era sincera, leal y valiente; tenía sentido del humor (como lo probaba al reírse con los chistes de su novio). El joven entreveía en las profundidades de su alma cándida un fervor emocional que sería una delicia despertar. Pero al término de este breve examen se sintió decepcionado pensando que tanta franqueza e inocencia eran sólo un producto artificial. La inexperta naturaleza humana no era franca ni inocente; estaba llena de dobleces y defensas de una instintiva astucia. Se sintió oprimido por esta creación de pureza ficticia, elaborada con tanta habilidad por madres, tías, abuelas y antepasadas enterradas hacía muchos años, porque se suponía que era lo que él deseaba y a lo que tenía derecho para que pudiera darse el señorial gusto de destruirla como a un muñeco de nieve.

Había algo de frivolidad en estas reflexiones, que eran las que se hacían habitualmente los jóvenes al acercarse el día de su boda. Pero generalmente iban acompañadas por un sentimiento de arrepentimiento y humillación totalmente desconocido para Newland Archer. No podía lamentarse (como hacían los héroes de Thackeray que tanto lo exasperaban) por no tener una página en blanco que ofrecer a su novia a cambio de la hoja inmaculada que ella le entregaría. No ponía en duda el hecho de que si lo hubieran educado como a ella no estarían en mejores condiciones para encontrar su camino cual Hansel y Gretel perdidos en el bosque. Tampoco encontraba —en todas sus ansiosas meditaciones— ninguna razón legítima (ninguna, claro está, que no estuviera ligada a su propio placer momentáneo y la pasión de la vanidad masculina) por la que su novia no tuviera derecho a la misma libertad que él gozaba. Era lógico que en su interior surgieran este tipo de interrogantes; pero tenía plena conciencia de que su incómoda persistencia y precisión eran debidas a la inoportuna llegada de la condesa Olenska. Allí estaba él, en el momento mismo de su compromiso una instancia de pensamientos puros y esperanzas sin nubes envuelto en un bullado escándalo que hacía emerger todos los problemas personales que habría preferido dejar en el olvido.

—¡Maldita Ellen Olenska! —gruñó apagando el fuego y comenzó a desvestirse.

No entendía por qué el destino de la condesa debiera tener alguna relación con el suyo. Sin embargo, intuyó vagamente que recién ahora empezaba a medir los riesgos de la posición de paladín que su compromiso con May lo obligara a asumir.

Pocos días más tarde estalló la bomba. Los Lovell Mingott habían enviado invitaciones para lo que se conocía como una "cena formal" (o sea, tres sirvientes más de lo normal, dos platos para cada guiso y, entremedio, ponche a la romana), y encabezaron las tarjetas con las palabras: "Para presentar a la condesa Olenska", según la usanza de hospitalidad norteamericana, que trata a los extranjeros como si fueran reyes, o al menos sus embajadores. Se seleccionó a los invitados con una osadía y discriminación en que los entendidos reconocieron la mano firme de Catherine la Grande. Al lado de aquellos con que siempre se contaba, como los Selfridge Merry que eran invitados a todas partes porque siempre lo fueron, los Beaufort, que podían ser considerados de la familia, y Mr. Sillerton Jackson y su hermana Sophy (que iba donde su hermano le ordenara), estaban algunos de los más elegantes e incluso los más irreprochables dentro del destacado grupo de los "jóvenes casados": los Lawrence Lefferts, Mrs. Lefferts Rushworth (la encantadora viuda), los Harry Thorley, los Reggie Chivers y el joven Morris Dagonet y su mujer (que era una Van der Luyden). Los asistentes fueron perfectamente bien elegidos, ya que todos pertenecían al pequeño grupo íntimo que la larga temporada social neoyorquina obligaba a divertirse juntos día y noche, aparentemente con inalterable entusiasmo.

Cuarenta y ocho horas más tarde lo increíble había sucedido; todos, excepto los Beaufort y Mr. Jackson y su hermana, rehusaron la invitación. Este intencional acto de descortesía se vio enfatizado por el hecho de que hasta los Reggie Chivers, que pertenecían al clan Mingott, se contaran entre los demás, y que fuera exactamente igual la redacción de las notas, en las que todos "lamentaban no poder aceptar", sin agregar la típica disculpa que la mínima educación prescribía: "por tener un compromiso anterior".

La sociedad neoyorquina era en aquellos días muy reducida y no habían tantos eventos como para que sus integrantes (incluidos los mozos de la caballeriza, mayordomos y cocineros) no supieran con precisión qué noches libres había. Por lo tanto, los invitados de Mrs. Lovell Mingott pudieron, con gran crueldad, dejar en claro su determinación de no conocer a la condesa Olenska.

El golpe fue inesperado, pero los Mingott, como era su hábito, lo tomaron con señorío. Mrs. Lovell Mingott habló en privado con Mrs. Welland, que a su vez habló con Newland Archer, quien, indignado por el ultraje, apeló con apasionamiento y autoridad a su madre. Esta, después de un penoso proceso de resistencia interna y de un intento externo por contemporizar, sucumbió ante la

insistencia de su hijo (como siempre), y, venciendo su previa vacilación, abrazó con redoblada energía su causa, se puso su sombrero de terciopelo verde y dijo: Voy a ver a Louisa van der Luyden.

Nueva York en los tiempos de Newland Archer era una pequeña y resbaladiza pirámide a la que, hasta entonces, nunca se le hizo una fisura ni se le puso el pie encima. Su base era el firme cimiento que Mrs. Archer llamaba "la gente común", una honorable pero oscura mayoría de familias respetables que (como en el caso de los Spicer o de los Lefferts o de los Jackson) había elevado sus niveles de clase casándose con alguien de las clases dominantes. La gente, decía siempre Mrs. Archer, ya no era tan exigente como antes; y con la anciana Catherine Spicer reinando en un extremo de la Quinta Avenida, y Julius Beaufort en el otro, no se podía esperar que las viejas tradiciones duraran mucho más.

Subiendo estrecha y firmemente desde su substrato adinerado pero discreto, se encontraba el grupo compacto y dominante representado activamente por los Mingott, Newland, Chivers y Manson. Muchos los veían como el ápice mismo de la pirámide; pero ellos (al menos la generación de Mrs. Archer) tenían plena conciencia de que, a ojos de los genealogistas, sólo un pequeñísimo número de familias podían apelar a tal distinción.

—No me den —decía Mrs. Archer a sus hijos— esa basura de los periódicos modernos acerca de la aristocracia neoyorquina. Si existe, ni los Mingott ni los Manson pertenecen a ella. No, ni siquiera los Newland o los Chivers. Nuestros abuelos y bisabuelos fueron sólo respetables comerciantes ingleses y holandeses venidos de las colonias a hacer fortuna y se quedaron por lo bien que les fue. Uno de tus bisabuelos firmó la Declaración, y otro fue general del Estado Mayor de Washington y recibió la espada del general Burgoyne después de la batalla de Saratoga. Son cosas que nos enorgullecen, pero no tienen nada que ver con rango o clase. Nueva York ha sido siempre una comunidad comercial, y no hay más de tres familias de origen aristocrático en el verdadero sentido de la palabra.

Mrs. Archer y sus hijos, como cualquiera en Nueva York, sabían quiénes eran esos seres privilegiados: los Dagonet de Washington Square, procedentes de una antigua familia de un condado inglés emparentada con los Pitt y los Fox; los Lanning, que se casaron con descendientes del conde de Grasse, y los Van der Luyden, descendientes directos del primer gobernador holandés de Manhattan, y relacionados antes de la Revolución, por medio de matrimonios, con varios miembros de la aristocracia francesa y británica.

Los Lanning sobrevivían en la persona de las dos Miss Lanning, muy ancianas pero llenas de vivacidad, que vivían alegremente en medio de sus reminiscencias y rodeadas de los retratos de familia y los muebles

Chippendale. Los Dagonet eran un clan muy numeroso, relacionado con los mejores nombres de Baltimore y Filadelfia. Pero los Van der Luyden, que estaban por encima de todos los demás, habían caído en una especie de crepúsculo subterrenal, del que emergían solamente dos figuras impresionantes: las de Mr. y Mrs. Henry van der Luyden. Mrs. Henry van der Luyden se llamó de soltera Louisa Dagonet, y su madre fue la bisnieta del coronel du Lac, de una antigua familia de Channel Island, que combatió bajo Cornwallis y se estableció en Maryland después de la guerra con su novia, Lady Angélica Trevenna, quinta hija del conde de St. Austrey. El lazo entre los Dagonet, los du Lac de Maryland, y su aristocrática parentela, los Trevenna, fue siempre estrecho y cordial. Mr. y Mrs. van der Luyden más de una vez hicieron largas visitas a quien era en la actualidad la cabeza de la casa Trevenna, el duque de St. Austrey, en su propiedad campestre en Cornwall y en St. Austrey en Gloucestershire. Y su Gracia había anunciado varias veces su intención de devolver algún día dichas visitas (sin la duquesa, que le temía al viaje por el Atlántico).

Mr. y Mrs. van der Luyden repartían su tiempo entre Trevenna, su casa en Maryland, y Skuytercliff, la enorme propiedad junto al Hudson que fuera una de las concesiones coloniales del gobierno holandés al famoso primer gobernador, y del cual Mr. van der Luyden todavía era "Protector". Su elegante gran residencia en Madison Avenue se abría rara vez, y cuando llegaban a la ciudad recibían allí sólo a sus amigos más íntimos.

—Me gustaría que vinieras conmigo, Newland —dijo su madre, deteniéndose de pronto ante la puerta del coupé Brown—. Louisa te quiere mucho.

Es por mi querida May que doy este paso, y también porque, si no permanecemos unidos, no quedará nada de lo que llamamos sociedad.

Mrs. van der Luyden escuchó en silencio el relato de su prima Mrs. Archer.

Es conveniente recordar de antemano que Mrs. van der Luyden era siempre muy callada, y que, aunque reservada por naturaleza y educación, era muy cariñosa con la gente que de veras le gustaba. Pero ni siquiera la experiencia personal de esta realidad era siempre una buena protección contra el frío que parecía envolver al visitante en el salón de techo alto y paredes blancas de la mansión de Madison Square, con los sillones tapizados en pálido brocado que obviamente habían sido desenfundados para la ocasión, y la gasa

que aún cubría los adornos de bronce dorado encima de la repisa de la chimenea y el hermoso antiguo marco tallado de "Lady Angélica du Lac" pintado por Gainsborough.

El retrato de Mrs. van der Luyden hecho por Huntington (vestida de terciopelo negro y encaje veneciano) estaba colocado frente al de su hermosa antepasada. Se le consideraba generalmente "tan excelente como un Cabanel" y, aunque habían transcurrido veinte años desde su ejecución, todavía tenía "un parecido perfecto". En realidad, la Mrs. van der Luyden que se sentaba debajo del retrato a escuchar a Mrs. Archer podría ser la hermana gemela de la mujer de cabellos rubios y aire juvenil reclinada en lánguida postura en un sillón dorado junto a una cortina de reps verde. Mrs. van der Luyden todavía usaba terciopelo negro y encaje veneciano cuando salía a algún evento social, o más bien (ya que nunca cenaba fuera) cuando abría sus puertas para recibir amistades. Peinaba su pelo rubio, que se descoloraba sin encanecer, dividido en dos mitades lisas entrecruzadas sobre la frente; y la nariz recta que separaba sus ojos azul pálido tenía apenas unas pocas líneas más alrededor de los orificios nasales que cuando se pintó el retrato. A Newland Archer siempre le daba la impresión de alguien horrendamente conservado en la atmósfera sin aire de una existencia perfectamente irreprochable, como los cadáveres atrapados en los glaciares guardan por años una sonrosada vida-en-la-muerte.

Como toda su familia, estimaba y admiraba a Mrs. van der Luyden, pero su gentil y sumisa dulzura le parecía menos accesible que la severidad de algunas de las viejas tías de su madre, solteronas rabiosas que decían no, como principio, antes de saber qué se les iba a pedir. La actitud de Mrs. van der Luyden no era negativa ni afirmativa, pero siempre parecía inclinarse por la clemencia hasta que sus finos labios, esbozando una sonrisa vacilante, daban la casi invariable respuesta: Tendré que hablar con mi marido primero.

Era tan exactamente parecida a Mr. van der Luyden que Archer a menudo se admiraba de ver cómo, después de cuarenta años de estrecha vida conyugal, dos identidades tan amalgamadas jamás disentían en algo tan controversial como era la discusión de un asunto. Pero como ninguno tomaba una decisión sin realizar el misterioso cónclave, Mrs. Archer y su hijo, habiendo presentado su caso, esperaron resignadamente la frase acostumbrada.

Sin embargo, Mrs. van der Luyden, que raras veces sorprendía a alguien, ahora los sorprendió a ellos al extender su larga mano hacia el tirador de la campana.

—Creo que me gustaría que Henry escuchara lo que acabas de decirme.

Apareció un lacayo, al que ordenó:

—Si Mr. van der Luyden ha terminado de leer el periódico, por favor

pídale que tenga la bondad de venir.

Dijo "leer el periódico" en el mismo tono en que la esposa de un ministro diría "presidir una reunión de gabinete", no por arrogancia sino porque el hábito de una vida y la actitud de sus amistades y relaciones le habían llevado a adjudicar al más mínimo gesto de Mr. van der Luyden una importancia casi sacerdotal. La rapidez de esta acción demostró que daba al caso la misma urgencia que Mrs. Archer; pero, temiendo que se pensara que se había comprometido de antemano, agregó, con su mirada más dulce: A Henry le encanta verte, querida Adeline; y también querrá felicitar a Newland.

Las puertas dobles se abrieron solemnemente y por ellas apareció Mr. Henry van der Luyden, alto, parsimonioso, vistiendo levita, de cabello claro y descolorido, nariz recta como la de su mujer y la misma mirada de fría gentileza en sus ojos gris pálido en lugar de azul pálido. Saludó a Mrs. Archer con familiaridad, dio en voz baja sus felicitaciones a Newland, expresadas en el mismo lenguaje de su mujer, y se sentó en uno de los sillones de brocado con la sencillez de un soberano reinante.

—Recién terminé de leer el Times —dijo, uniendo las yemas de sus largos dedos—. Mis mañanas son tan ocupadas en la ciudad que prefiero leer el periódico después del almuerzo.

—Hay buenos argumentos para adoptar ese sistema —replicó Mrs. Archer—. Recuerdo que mi tío

Egmont decía siempre que encontraba más tranquilizante leer los diarios de la mañana después de almuerzo.

—Así es, mi padre aborrecía la prisa. Pero ahora vivimos en constante movimiento —dijo Mr. van der Luyden en tono mesurado, mirando con complacida lentitud la enorme y tenebrosa sala que a Archer le parecía la perfecta imagen de sus dueños.

—Espero que ya habrás terminado tu lectura, Henry —interrumpió su esposa.

—Totalmente, totalmente —la tranquilizó su marido.

—Entonces me gustaría que Adeline te dijera...

—Oh, en realidad es cosa de Newland —dijo la madre de éste sonriendo; y procedió a repetir el grotesco relato del oprobio infligido a Mrs. Lovell Mingott.

—Y por supuesto —terminó diciendo—. Augusta Welland y Mary Mingott piensan, especialmente teniendo en cuenta el compromiso de Newland, que tú y Henry debían saberlo.

—Ah —dijo Mr. van der Luyden, exhalando un profundo suspiro.

Hubo un silencio durante el cual el tictac del monumental reloj de bronce sobre la chimenea de mármol resonó como una salva de cañonazos. Archer contempló con espanto las dos delgadas figuras descoloridas, sentadas una junto a la otra con una especie de rigidez virreinal, portavoces de alguna remota autoridad ancestral que el destino los obligaba a ejercer, cuando preferirían mil veces vivir en simplicidad y aislamiento, arrancando invisibles malezas en los perfectos céspedes de Skuytercliff, y jugando solitarios por las tardes. Mr. van der Luyden fue el primero en hablar.

—¿Crees realmente que esto se debe a alguna... interferencia personal de Lawrence Lefferts? —preguntó volviéndose hacia Archer.

—Estoy seguro, señor. A Larry se le ha pasado la mano últimamente, con el perdón de prima Louisa por mencionar el asunto, al mantener una relación bastante seria con la esposa del administrador de correos en su pueblo, o alguien por el estilo. Y cada vez que la pobre Gertrude Lefferts empieza a sospechar algo y él teme que haya problemas, suscita una alharaca de esta clase, para hacer ver cuán inmensamente moralista es, habla a voz en cuello acerca de la impertinencia que es invitar a su mujer con gente que no desea que ella conozca. Simplemente está usando a madame Olenska como pararrayos. Varias veces lo he visto hacer lo mismo.

—¡Los Lefferts! —exclamó Mrs. van der Luyden.

—¡Los Lefferts! —repitió como un eco Mrs. Archer—. ¿Qué habría dicho el tío Egmont al oír a Lawrence Lefferts opinando sobre la posición social de alguien? Esto demuestra a lo que ha llegado la sociedad.

—Esperemos que no haya llegado a tanto — dijo Mr. van der Luyden con firmeza.

—¡Ah, si tú y Louisa salieran un poco más! —suspiró Mrs. Archer.

Pero al instante se dio cuenta de su error.

Los Van der Luyden eran enfermizamente sensibles a cualquiera crítica que se hiciera a su enclaustrada existencia. Eran los árbitros de la moda, el tribunal de última instancia, y ellos lo sabían, y se rendían a su sino, pero como eran personas tímidas y retraídas y no sentían una inclinación personal a desempeñar tal papel, vivían el mayor tiempo posible en la silvestre soledad de Skuytercliff, y cuando se trasladaban a la ciudad, rechazaban todas las invitaciones con la disculpa de la mala salud de Mrs. van der Luyden.

Newland Archer fue en rescate de su madre.

—En Nueva York todo el mundo sabe lo que usted y prima Louisa representan. Por eso a Mrs. Mingott le pareció que no podía dejar pasar este

desaire a la condesa Olenska sin consultar con ustedes.

Mrs. van der Luyden miró a su marido, quien la miró a su vez.

—Lo que me desagrada es el principio —dijo Mr. van der Luyden—. Si un miembro de una conocida familia es respaldado por ella, no hay nada más que hablar.

—Yo pienso lo mismo —dijo su esposa, como si propusiera una opinión nueva.

—No tenía idea —continuó Mr. van der Luyden de que las cosas hubieran llegado a tal punto. —Hizo una pausa y volvió a mirar a su esposa—. Me parece, querida, que la condesa Olenska es algo pariente nuestra, por el primer marido de Medora Manson. De todas formas, lo será cuando Newland se case. —Se volvió hacia el joven—. ¿Leíste el Times esta mañana, Newland?

—Sí, señor —contestó Archer, que comúnmente devoraba media docena de periódicos con su desayuno.

Marido y mujer se miraron otra vez. Sus pálidos ojos mantuvieron la mirada como en una prolongada y seria consulta; luego una leve sonrisa revoloteó en el rostro de ella. Era evidente que había adivinado y estaba de acuerdo. Mr. van der Luyden se dirigió a Mrs. Archer.

—Me gustaría que le dijeras a Mrs. Lovell Mingott que, si la salud de Louisa le permite cenar fuera, estaremos encantados de... ocupar el lugar de Lawrence Lefferts en su comida. —Se detuvo un momento para que la ironía calara profundo—. Como ustedes bien lo saben, eso es imposible.

Mrs. Archer expresó su asentimiento con una sonrisa de comprensión.

—Pero Newland me dice que ha leído el Times esta mañana; por lo tanto es probable que viera que un pariente de Louisa, el duque de St. Austrey, llega la próxima semana en el Rusia. Viene a participar con su nuevo balandro, el Guinevere, en la regata de la Copa Internacional del próximo verano; y también a cazar algunos patos silvestres en Trevenna —Mr. van der Luyden hizo una nueva pausa, y continuó con creciente benevolencia—: Antes de llevarlo a Maryland hemos invitado a algunos amigos a reunirse con él aquí, una cena sencilla seguida de una recepción. Estoy seguro de que Louisa tendría un gran placer, igual que yo, si la condesa Olenska nos permitiera incluirla entre nuestros invitados.

Se levantó de su asiento, inclinó con fría amabilidad su larga silueta hacia su prima, y agregó: —Creo tener la autorización de Louisa para decir que ella misma llevará la invitación a la cena cuando salga en el coche dentro de poco; con nuestras tarjetas, por supuesto, con nuestras tarjetas. Mrs. Archer, que comprendió la insinuación de que los caballos de gran alzada que no estaban

acostumbrados a esperar estaban ya a la puerta, se levantó a su vez murmurando unas rápidas palabras de agradecimiento. Mrs. van der Luyden le sonrió con la sonrisa de Ester intercediendo ante Asuero; pero el marido levantó una mano en señal de protesta.

—No tienes nada que agradecer, querida Adeline, absolutamente nada. Esta clase de cosas no deben suceder en Nueva York; no sucederán mientras yo pueda evitarlo —dijo con soberana gentileza acompañando a su prima hasta la puerta.

Dos horas después, todo el mundo sabía que el mullido y enorme birlocho en que Mrs. van der Luyden tomaba aire en todas las estaciones, había sido visto frente a la puerta de Mrs. Mingott, donde se entregó un ancho sobre cuadrado; y esa noche en la ópera, Mr. Sillerton Jackson pudo afirmar que el sobre contenía una tarjeta invitando a la condesa Olenska a una cena que los van der Luyden ofrecían la semana venidera en honor de su primo, el duque de St. Austrey.

Algunos de los miembros más jóvenes del palco del club intercambiaron sonrisas ante esta noticia, y miraron de reojo a Lawrence Lefferts, sentado negligentemente en la primera fila del palco. Alisando su largo mostacho rubio, éste aprovechó una pausa de la soprano para comentar, con el tono de una autoridad en la materia:

—Nadie más que la Patti debería atreverse a cantar La Sonámbula.

8

Toda Nueva York concordaba en que la condesa Olenska había perdido gran parte de su belleza. La primera vez que apareció en la ciudad, durante la infancia de Newland Archer, era una preciosa niña de nueve o diez años de quien la gente decía que "debía pintársele un retrato". Sus padres habían vagado por toda Europa continental y, después de una niñez errante, ellos murieron y Ellen quedó a cargo de su tía, Medora Manson, otra gran viajera, que volvía a Nueva York para "echar raíces". La pobre Medora, varias veces viuda, siempre regresaba para radicarse (cada vez a una casa más económica), acompañada de un nuevo marido o de un niño adoptado. Pero al cabo de algunos meses, abandonaba invariablemente al marido o se querellaba con su pupilo y, deshaciéndose de la casa con una considerable pérdida, recomenzaba sus vagabundeos. Como su madre fue una Rushworth y su último matrimonio la había relacionado con uno de los locos Chivers, Nueva York tomaba con indulgencia todas sus excentricidades. Pero cuando volvió con su pequeña

sobrino huérfano, cuyos padres fueron muy queridos a pesar de su lamentable afición a los viajes, la gente se conmovió de que la linda niña estuviera en tales manos.

Todos estaban dispuestos a ser bondadosos con la pequeña Ellen Mingott, aunque sus sonrojadas mejillas morenas y sus apretados rizos le daban un aspecto tan alegre que parecía inapropiado para una niña que debía llevar luto por sus padres. Esta fue una de las muchas erradas peculiaridades de Medora: se mofó de las inalterables leyes que regulaban el duelo americano; y, cuando descendió del barco, su familia se escandalizó al ver que el velo negro que usaba por su hermano era siete pulgadas más corto que los de sus cuñadas, en tanto la pequeña Ellen estaba vestida de lana roja adornada de mostacillas de ámbar, como una gitanilla abandonada.

Pero hacía tanto tiempo que Nueva York se había resignado a Medora, que sólo algunas señoras de edad movieron la cabeza por la llamativa vestimenta de Ellen, mientras los demás parientes se rendían ante el encanto de su color moreno y su alegría. Era una niña intrépida y sencilla, que hacía preguntas desconcertantes y comentarios precoces, y que sabía cosas tan extravagantes como bailar la danza española del mantón y cantar canciones napolitanas de amor acompañada de una guitarra. Dirigida por su tía (cuyo verdadero nombre era Mrs. Thorley Chivers pero que, como recibiera un título papal, retomó al apellido de su primer marido y se hacía llamar marquesa Manson, porque en Italia lo podía transformar en Manzoni) la niña recibió una educación muy costosa pero bastante incoherente, que incluyó "dibujo con modelo vivo", algo que jamás se había soñado antes, y tocar el piano en quintetos con músicos profesionales.

Es evidente que de esto no podía salir ningún bien; y cuando pocos años después el pobre Chivers murió finalmente en un asilo de locos, su viuda (en extraño ropaje de luto) hizo nuevamente sus maletas y partió con Ellen, que había crecido convirtiéndose en una niña alta y huesuda de preciosos ojos. No se supo de ellas durante algún tiempo. Luego llegó la noticia del matrimonio de Ellen con un noble polaco inmensamente rico y de legendario renombre, al que conoció en un baile en las Tullerías, y de quien se decía que tenía residencias principescas en París, Niza y Florencia, un yate en Cowes, y muchas millas cuadradas de terrenos de caza en Transilvania. Ellen desapareció en una especie de apoteosis infernal. Y cuando pocos años más tarde Medora volvió otra vez a Nueva York, deprimida, empobrecida, vistiendo luto por un tercer marido, y buscando una casa aún más pequeña, la gente se extrañó de que su adinerada sobrina no hubiera hecho algo por ella. Después llegaron noticias de que el matrimonio de Ellen también había terminado en un desastre, y que ella regresaría igualmente en busca de reposo y olvido entre sus parientes.

Todas estas cosas pasaban por la mente de Newland Archer una semana más tarde, mirando a la condesa Olenska entrar en el salón de los van der Luyden la noche de la trascendental cena. La ocasión era solemne, y se preguntaba un poco nervioso si Ellen saldría airosa. Ella llegó un poco tarde, una mano todavía sin guante, y abrochando un brazalete en su muñeca; sin embargo entró sin aparentar prisa ni turbación en un salón en que se había reunido sumisamente el grupo más selecto de Nueva York.

Se detuvo en la mitad de la sala, miró a su alrededor con la boca seria y los ojos sonrientes; y en aquel instante Newland Archer rechazó el veredicto general acerca de su belleza. Era cierto que había perdido su esplendor de antaño. Las sonrosadas mejillas habían palidecido; estaba delgada, cansada, envejecida para su edad, unos treinta años. Pero tenía la misteriosa autoridad de la belleza, una seguridad en la postura de la cabeza y el movimiento de los ojos que, sin ser para nada teatral, le llamó la atención por ser extremadamente diestro y consciente de su poder. Al mismo tiempo, sus modales eran más sencillos que los de la mayoría de las señoras presentes, y mucha gente (según le oyó decir después a Janey) se desilusionó de que su apariencia no tuviera más "estilo" —pues el estilo era lo que Nueva York más valoraba. Era quizás, reflexionó Archer, porque había desaparecido su vivacidad de la infancia; porque era tan serena, en sus movimientos, en las tonalidades de su voz baja. Nueva York esperaba algo muchísimo más resonante en una mujer joven con semejante historia.

La cena fue algo formidable. Cenar con los van der Luyden no era algo que se pudiera tomar a la ligera, y además cenar allí con un duque, su primo, era casi una solemnidad religiosa. Archer se entretenía pensando que sólo un viejo neoyorquino podía percibir la sutil diferencia (para Nueva York) entre ser simplemente un duque y ser el duque de los van der Luyden. Nueva York aceptaba sin inmutarse a los nobles descarriados, e incluso (excepto en el grupo de los Struthers) con cierta desconfiada hauteur, pero cuando presentaban credenciales como éstas, los recibían con una cordialidad tan pasada de moda que ellos cometerían un grave error si la atribuían únicamente a su categoría social en Debrett. Justamente por estas distinciones, Archer adoraba su vieja Nueva York, aunque se riera de ella.

Los Van der Luyden se habían esforzado por dar la máxima importancia a la ocasión. Salieron a relucir sus Sévres de los Du Lac y la vajilla George II de los Trevenna; también el servicio Lowestoft de los Van der Luyden (East India Company) y el Crown Derby de los Dagonet. Mrs. van der Luyden parecía más que nunca una Cabanel, y Mrs. Archer, luciendo las perlas y esmeraldas de su abuela, le recordó a su hijo una miniatura de Isabey. Todas las damas se habían puesto sus mejores joyas, pero era una característica de la casa y de la ocasión que dichas joyas fueran en su mayoría de engaste pesado y anticuado.

La anciana Miss Lanning, a quien convencieron para que asistiera, llevaba el camafeo de su madre y un chal de blonda español.

La condesa Olenska era la única mujer joven en esa cena; sin embargo, al escudriñar Archer las suaves caras rollizas de aquellas damas entradas en años y adornadas con gargantillas de diamantes e imponentes plumas de avestruz, le parecieron curiosamente inmaduras en comparación con Ellen. Le asustó pensar qué sería lo que había causado esa expresión en sus ojos.

El duque de St. Austrey, sentado a la derecha de la anfitriona, era naturalmente la figura principal del evento. Pero si la condesa Olenska lucía menos llamativa de lo que se esperaba, el duque era casi invisible. Como hombre bien educado, no se presentó a la cena (como un reciente visitante ducal) en tenuta de montar; pero su traje de noche era tan usado, le quedaba tan suelto y lo llevaba con tal aire de comodidad, que (junto con su manera de sentarse inclinado hacia adelante, y la larga barba que cubría su pechera) difícilmente se podía decir que estaba vestido de etiqueta. Era de baja estatura, encorvado de hombros, tostado por el sol, de nariz ancha, ojos pequeños y sonrisa amistosa; pero hablaba raras veces, y cuando hablaba lo hacía en tono tan bajo que, a pesar de los frecuentes silencios de expectación que se producían en la mesa, sus vecinos eran los únicos que lograban oír sus comentarios. Cuando los caballeros se reunieron con las señoras después de la cena, el duque se dirigió en línea recta hacia la condesa Olenska, y ambos se sentaron en un rincón y se sumergieron en una animada charla. Ninguno de los dos pareció percatarse de que el duque debía primero haber presentado sus respetos a Mrs. Lovell Mingott y a Mrs. Headly Chivers y que la condesa debía haber conversado con aquel simpático hipocondríaco, Mr. Urban Dagonet de Washington Square, quien, por tener el placer de conocerla, rompió su regla fija de no cenar fuera entre enero y abril. Conversaron durante unos veinte minutos; luego la condesa se levantó y atravesó sola el amplio salón para ir a sentarse junto a Newland Archer.

No se acostumbraba en los salones de Nueva York que una dama se alejara de un caballero para buscar la compañía de otro. La etiqueta requería que esperara, inmóvil como un ídolo, a que se le acercaran los hombres que deseaban conversar con ella. Pero, al parecer, la condesa no sabía que estaba quebrantando una regla. Se sentó tranquilamente en un rincón del sofá al lado de Archer, y lo miró con gran cariño.

—Quiero que me hables de May —dijo.

En lugar de contestarle, él preguntó a su vez:

—¿Conocías al duque de antes?

—Oh, sí, solíamos verlo todos los inviernos en Niza. Es muy aficionado al

juego, venía frecuentemente a casa —dijo de la manera más simple, como si hubiera dicho que le encantaban las flores silvestres; después de un momento agregó con franqueza—: Creo que es el hombre más insulso del mundo.

Esta opinión agradó tanto a su compañero que olvidó el ligero sobresalto que le produjera su anterior comentario. No había duda de que era excitante encontrar a una mujer que pensara que el duque de los Van der Luyden era aburrido, y que se atreviera a decirlo. Ansiaba interrogarla, saber más de esa vida de la cual, con sus descuidadas palabras, ella le había dado un luminoso atisbo; pero temía remover angustiosos recuerdos, y antes de que alcanzara a pensar en algo que decir, ella volvió a su tema del comienzo.

—May es encantadora; no he visto en Nueva York una muchacha tan bonita y tan inteligente. ¿Estás muy enamorado de ella?

Newland Archer enrojeció y se echó a reír.

—Como puede estarlo un hombre.

Ella seguía mirándolo pensativa, como para no perder ningún matiz de sus palabras.

—¿Piensas, entonces, que hay un límite?

—¿Para estar enamorado? ¡Si lo hay, no lo he encontrado!

Ella irradió comprensión.

—Ah —dijo—, ¿es real y verdaderamente un romance?

—¡El más romántico de los romances!

—¡Qué encantador! ¿Y lo descubrieron ustedes solos?, ¿no fue arreglado por nadie?

Archer la miró con incredulidad, y le preguntó sonriendo:

—¿Te olvidas de que en nuestro país no permitimos que nadie arregle nuestros matrimonios?

Un encendido rubor cubrió las mejillas de la condesa, y Archer lamentó al instante sus palabras.

—Sí —repuso ella—, lo había olvidado. Tienes que perdonarme si a veces cometo estos errores. No siempre me acuerdo de que todo lo que era malo allá donde vivía, aquí es bueno.

Bajó la mirada y la fijó en su abanico vienés de plumas de águila, y él vio que sus labios temblaban.

—Lo siento —le dijo impulsivamente—, pero ahora estás entre amigos, no olvides eso.

—Sí, ya lo sé. Lo advierto en todas partes donde voy. Por eso regresé. Quiero olvidar todo lo demás, ser una verdadera americana otra vez, como los Mingott y los Welland, y tú y tu encantadora madre, y toda esta gente cariñosa que veo aquí esta noche. Ah, allá viene May, y querrás correr a su lado — agregó, pero sin moverse; y sus ojos se apartaron de la puerta y se posaron en el rostro del joven.

Los salones comenzaban a llenarse con la llegada de los invitados a la recepción después de la cena; siguiendo la mirada de madame Olenska, Archer vio entrar a May Welland con su madre. Con su vestido blanco plateado, con una corona de capullos plateados en el pelo, la esbelta muchacha parecía una Diana en el ardor de la cacería.

—Oh —dijo Archer—, tengo demasiados rivales, ya la tienen rodeada. Le están presentando al duque.

—Entonces, quédate conmigo un poquito más —dijo madame Olenska en tono bajo, rozando la rodilla del joven con su abanico de plumas. Fue un roce muy leve, pero lo emocionó como si fuera una caricia.

—Sí, permíteme quedarme —respondió él en el mismo tono, casi sin saber lo que decía. Pero justo en ese momento se acercó Mr. van der Luyden, seguido de Mr. Urban Dagonet. La condesa los acogió con su sonrisa seria, y Archer, sintiendo la mirada admonitoria de su anfitrión clavada en él, se levantó y cedió su asiento. Madame Olenska retuvo su mano como si se despidiera de él.

—Mañana, entonces, después de la cinco, te estaré esperando —dijo, y luego se volvió para hacer lugar a Mr. Dagonet.

—Mañana —se oyó repetir Archer, aunque no había ninguna cita, y durante la charla ella no le dio la menor muestra de que deseaba verlo otra vez. Al retirarse vio a Lawrence Lefferts, alto y resplandeciente, que conducía a su mujer para ser presentados; y escuchó que Gertrude Lefferts decía a la condesa con su sonrisa insensible:

—Pero creo que solíamos ir a clase de baile juntas cuando éramos pequeñas.

Detrás de ella, esperando su turno para presentarse a la condesa, Archer vio a varias de las parejas que de manera más recalcitrante habían declinado la invitación a conocerla en casa de Mrs. Lovell Mingott. Como comentó Mrs. Archer, cuando los van der Luyden querían dar una lección, sabían cómo hacerlo. La lástima era que esto sucedía tan pocas veces. Archer sintió que lo tomaban de un brazo y vio a Mrs. van der Luyden a su lado, con su sencillo traje de terciopelo negro adornado con los diamantes de la familia.

—Fue muy bondadoso de tu parte, querido Newland, dedicarte con tanta generosidad a madame Olenska. Le dije a tu primo Henry que debía rescatarte.

Le pareció haberle sonreído vagamente, y ella agregó, como si comprendiera la natural timidez del joven:

—Nunca vi a May más adorable. El duque dice que es la más bonita del salón.

9

La condesa Olenska había dicho "después de las cinco"; y a las cinco y media Newland Archer llamaba a la puerta de una casa de estuco descascarado con una gigantesca glicina que invadía el débil balcón de hierro fundido, situada muy abajo en la calle Veintitrés Oeste, que Ellen había arrendado a la vagabunda Medora. Era en realidad un barrio bastante extraño para instalarse a vivir. Modistillas, disecadores de pájaros y "gente que escribe" eran sus vecinos más próximos; y un poco más allá de la descuidada calle, en un sendero pavimentado, Archer reconoció una ruinoso casa de madera donde sabía que vivía un escritor y periodista llamado Winsett, con quien solía conversar de vez en cuando. Winsett no invitaba a nadie a su casa; pero una vez se la mostró a Archer durante un paseo nocturno. Al verla, se había preguntado, sintiendo escalofríos, si los seres humanos vivirían tan miserablemente en otras capitales.

La casa de madame Olenska se diferenciaba de esa vivienda sólo porque los marcos de las ventanas estaban mejor pintados. Y pasando revista a la modesta fachada, Archer se dijo que el conde polaco debía haberle robado a Ellen toda su fortuna junto con sus ilusiones. El joven había tenido un día desagradable. Almorzó con los Welland, con la esperanza de llevar después a May a pasear por el parque pues quería estar a solas con ella, decirle lo bonita que se veía la noche anterior y lo orgulloso que se sintió de ella, y presionarla para apresurar su matrimonio. Pero Mrs. Welland le recordó con firmeza que todavía no terminaban la ronda de visitas a la familia y, cuando insinuó adelantar la fecha de la boda, levantó las cejas con aire de reproche y dijo suspirando:

—Doce docenas de todo... bordadas a mano...

Acomodados estrechamente en el landó familiar rodaron de un umbral de la tribu al otro, y cuando terminó el recorrido de la tarde, Archer se despidió de su novia con la sensación de que lo habían exhibido como un animal salvaje atrapado con gran destreza. Supuso que fueron sus lecturas de

antropología las que lo motivaron para dar un punto de vista tan truculento a lo que, por último, era sólo la simple y natural demostración de un sentimiento familiar. Pero al recordar que los Welland no querían que la boda se realizara hasta el próximo otoño, e imaginando lo que sería su vida hasta entonces, se sintió profundamente abatido.

—Mañana —gritó Mrs. Welland cuando se alejaba— haremos los Chivers y los Dallas.

Advirtió que recorría las dos familias en orden alfabético, y que por lo tanto se hallaban sólo en la cuarta parte de la lista. Tuvo la intención de contarle a May de la invitación de la condesa Olenska —más bien dicho su orden— y que la visitaría esa tarde, pero en los breves momentos que estuvieron solos tenía cosas mucho más urgentes que decirle. Por lo demás, le pareció un poco absurdo hacer alusión al asunto. Sabía que May deseaba que fuera amable con su prima; ¿no fue ese deseo lo que apresuró el anuncio de su compromiso? Sentía una sensación rara al pensar que si no fuera por la llegada de la condesa él sería, si no un hombre totalmente libre, al menos un hombre no tan irrevocablemente comprometido. Pero May lo quiso así, y él también se sintió bastante desligado de responsabilidades y por lo tanto libre, si prefería, de visitar a la prima de su novia sin decírselo.

Mientras esperaba en el umbral de madame Olenska, el principal sentimiento que lo embargaba era la curiosidad. Le intrigaba el tono en que ella lo había convocado y sacó por conclusión que era menos simple de lo que parecía. Le abrió la puerta una doncella de tez morena, aspecto de extranjera y pecho prominente bajo una vistosa pañoleta que Archer asoció vagamente con Sicilia. Le dio la bienvenida mostrando sus dientes blancos y, respondiendo a sus preguntas con movimientos de cabeza que demostraban su desconocimiento del idioma, lo condujo por el estrecho vestíbulo hasta un salón de techo bajo donde ardía el fuego de una chimenea. La habitación estaba vacía y la doncella lo dejó solo durante largo tiempo sin que él pudiera saber si había ido a buscar a su patrona, o si no había entendido por qué estaba allí, o si pensó tal vez que venía a darle cuerda a los relojes, a propósito de lo cual advirtió que el único espécimen visible se había detenido. Archer sabía que las razas sureñas se comunican entre ellas con el lenguaje de la pantomima, y se sentía mortificado ante sus ininteligibles encogimientos de hombros y sonrisas. Al rato regresó con una lámpara y Archer, que en el intervalo había construido una frase tomada de Dante y Petrarca, recibió por fin una respuesta:

—La signora é fuori, ma verrà subito.

Lo que Archer tradujo como:

—La señora salió, pero la verá pronto.

Lo que vio por mientras, con la ayuda de la lámpara, fue el desvanecido y sombrío encanto de una habitación muy distinta a todas las que conocía. Sabía que la condesa Olenska había conservado algunas de sus posesiones — restos del naufragio, las llamaba ella—, las que consistían, supuso, en algunas pequeñas mesas de madera oscura, un delicado bronce griego de formato pequeño sobre la chimenea, y un pedazo de damasco rojo clavado sobre el descolorido papel de la pared detrás de algunos cuadros italianos en marcos antiguos. Newland Archer se enorgullecía de sus conocimientos del arte italiano. Su niñez estuvo saturada de Ruskin, y había leído todos los últimos libros: John Addington Symonds, el Euphorion de Vernon Lee, los ensayos de P. G. Hamerton, y un maravilloso volumen nuevo llamado El Renacimiento de Walter Pater. No tenía problemas para hablar de Botticelli, y opinaba de Fra Angélico con cierta condescendencia. Pero estos cuadros lo embujaron, porque no eran como los que estaba acostumbrado a mirar (y por tanto capaz de ver) cuando viajaba por Italia; y quizás también su poder de observación resultaba perjudicado por el extravagante hecho de encontrarse en esta rarísima casa vacía, donde aparentemente nadie lo esperaba. Lamentaba no haberle hablado a May Welland de la solicitud de la condesa Olenska, y se sentía también un poco perturbado al pensar que su novia pudiera visitar a su prima en ese momento. ¿Qué pensaría si lo encontraba sentado allí, con la intimidad que implicaba el hecho de esperar solo en la penumbra junto a la chimenea en casa de una dama? Pero ya que había ido, esperaría; se hundió en un sillón y estiró un pie hacia los leños. Era muy raro convocarlo de esa manera, para luego olvidarse de él; pero Archer sentía más curiosidad que enfado. La atmósfera de la sala era tan diferente de cuantas había respirado antes que la timidez dejó paso al ansia de aventuras. Ya había estado antes en salones con colgaduras de damasco rojo, con cuadros de la "escuela italiana"; lo que llamaba su atención era la manera en que la destaralada casa arrendada a Medora Manson, con su ruinoso ambiente de pasto de las pampas y estatuillas de Rogers, se hubiera, por el toque de una mano y la apropiada distribución de algunos muebles, transformado en un lugar íntimo, "extranjero", con sutiles sugerencias de antiguas escenas y sentimientos románticos. Trató de analizar el truco, de descubrir la clave en la manera en que estaban agrupadas mesas y sillas, en el hecho de que en el esbelto florero había sólo dos rosas Jacqueminot (de las que nadie compraba menos de una docena), y en el perfume que impregnaba todo y que no era el que se pone en los pañuelos sino más bien el aroma de algún bazar lejano, el olor a café turco, a ámbar gris y a rosas secas.

Su mente empezó a vagar y a preguntarse a qué se parecería el salón de May. Sabía que Mr. Welland, que se estaba portando con gran generosidad, tenía vista una casa recién construida en la calle Treinta y Nueve Este. El barrio era en realidad bastante alejado, y en la construcción de la casa se había

utilizado esa espantosa piedra amarillo—verdosa que los arquitectos jóvenes comenzaban a emplear en protesta contra la piedra parda cuyo matiz uniforme revestía la ciudad como una salsa fría de chocolate; pero la instalación sanitaria estaba perfecta. A Archer le hubiera gustado viajar, aplazar el asunto de la casa; pero, aunque los Welland aprobaban una larga luna de miel en Europa (incluso hasta un invierno en Egipto), estaban firmes en la necesidad de una casa para el regreso de la pareja. El joven sintió que su destino estaba sellado: para el resto de su vida subiría cada noche entre las barandillas de hierro fundido de aquel umbral color amarillo verdoso, atravesaría un recibidor pompeyano y entraría en el vestíbulo con zócalo de madera amarilla barnizada. Pero su imaginación no podía ir más allá. Sabía que el salón de arriba tenía una ventana saliente, pero no podía imaginarse a May decorándolo. Aceptaba feliz el raso púrpura y las borlas amarillas del salón de los Welland, sus copias de mesas Buhl y sus vitrinas doradas llenas de Saxe moderno. No veía razón alguna para suponer que querría tener algo distinto en su propia casa, y su único alivio era pensar que, probablemente, ella lo dejaría arreglar la biblioteca a su gusto, que sería, por supuesto, con "verdaderos" muebles Eastlake, y sencillos estantes modernos, sin puertas de cristal.

La doncella de pecho voluminoso entró en la sala, corrió las cortinas, empujó un tronco, y dijo en tono de consuelo:

—Verrà... verrà.

Cuando salió, Archer se levantó y comenzó a preguntarse qué hacer. ¿Debía seguir esperando? Su situación era bastante ridícula. Tal vez entendió mal y madame Olenska nunca lo invitó a su casa.

Por los adoquines de la tranquila calle resonó un ruido de cascos; se detuvieron delante de la casa y escuchó que se abría la puerta de un carruaje. Apartando las cortinas, miró a través del naciente crepúsculo. Frente a él había un farol, cuya luz iluminó la compacta berlina inglesa de Julius Beaufort tirada por un gran caballo ruano. El banquero descendió y dio su mano a madame Olenska para ayudarla a bajar. Beaufort permaneció a su lado, sombrero en mano, diciendo algo que su compañera pareció rechazar; se dieron la mano y él subió al carruaje mientras ella se dirigía a la escala. Cuando entró en la sala, no demostró sorpresa al ver a Archer allí; la sorpresa era una emoción a la cual era muy poco adicta.

—¿Te gusta mi casa, la encuentras divertida? —le preguntó—. Para mí es el paraíso. Al hablar iba desatando su pequeño gorro de terciopelo, se lo quitó junto con la larga capa, y se quedó mirando a Archer con ojos pensativos.

—La has arreglado con un gusto delicioso — replicó el joven, consciente de la futilidad de las palabras, pero aprisionado en lo convencional por su ardiente deseo de ser simple pero capaz de sorprenderla.

—Oh, es sólo una casita. Mis amigos la desprecian. Pero de todas maneras es menos lóbrega que la de los Van der Luyden.

Estas palabras le hicieron el efecto de un golpe eléctrico, pues eran escasos los espíritus rebeldes que se hubieran atrevido a llamar lóbrega la majestuosa mansión de los Van der Luyden. Aquellos que tenían el privilegio de visitarla sentían escalofríos, y la describían como "una hermosura". Pero de pronto se alegró de que ella hubiera expresado tan bien ese escalofrío generalizado.

—Me encanta lo que has hecho aquí — repitió Archer.

—A mí me gusta esta casita —admitió ella—; pero supongo que lo que me gusta es la felicidad de estar aquí, en mi propio país y en mi propia ciudad; y también de estar sola aquí.

Habló tan suavemente que Archer apenas oyó la última frase; pero en su turbación, no la dejó pasar.

—¿Te gusta mucho estar sola?

—Sí, siempre que tenga amigos que impidan que me sienta sola —dijo Ellen; se sentó junto al fuego y continuó—: Nastasia nos traerá el té dentro de poco —y le indicó que volviera a su sillón, agregando—: Ya veo que escogiste tu rincón.

Echándose hacia atrás, cruzó los brazos detrás de la cabeza y miró el fuego con los párpados semicerrados.

—Esta es mi hora preferida, ¿te gusta a ti también?

Un adecuado sentido de su dignidad lo motivó a contestar:

—Me temo que has olvidado la hora que es. Beaufort debe haber sido muy absorbente.

Al parecer esto la divirtió mucho.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Esperaste mucho rato? Mr. Beaufort me llevó a ver una cantidad de casas, ya que parece que no se me permite quedarme en esta —pareció borrar de su mente tanto a Beaufort como a Archer, y prosiguió—: Nunca estuve en una ciudad donde hubiera tanto rechazo a vivir en quartiers excentriques ¿Qué importa dónde viva uno? Me han dicho que esta calle es respetable.

—Pero no está de moda.

—¡De moda! ¿Todos ustedes piensan tanto en la moda? ¿Por qué no hacer cada uno su propia moda? Pero supongo que yo he vivido con demasiada independencia; en todo caso, quiero hacer lo que hacen todos, quisiera sentirme querida y cuidada.

Archer se emocionó, como la noche anterior cuando ella habló de su necesidad de que la aconsejaran.

—Eso es lo que tus amigos quieren que sientas. Nueva York es un lugar espantosamente seguro —agregó con un dejo de sarcasmo.

—Sí, ¿no es cierto? Y uno lo siente —repuso ella, sin entender la burla—. Estar aquí es como... como... que te lleven de vacaciones porque has sido una niña buena y porque hiciste todas tus tareas.

La analogía era acertada, pero a él no le gustó demasiado. No le importaba hablar de Nueva York con impertinencia, pero no le agradaba que los demás usaran el mismo tono. Se preguntaba si acaso ella no empezaba a ver qué poderosa máquina era esa ciudad, y lo cerca que estuvo de aplastarla. La cena de los Lovell Mingott, arreglada in extremis con toda clase de cachivaches sociales, debió enseñarle la estrechez de su escapada; pero o bien nunca se dio cuenta de que había bordeado el desastre, o bien lo olvidó, deslumbrada por el triunfo de la noche en casa de los Van der Luyden. Archer se inclinó por la primera teoría; se imaginaba que para ella Nueva York todavía era algo completamente indiferenciado, y esta conjetura le dio bastante rabia.

—Anoche —dijo—, Nueva York se te dio entera. Los Van der Luyden no hacen las cosas a medias. Así es, ¡qué cariñosos son! Fue una fiesta muy simpática. Me pareció que todos los estiman mucho.

No eran las palabras más apropiadas; se adecuaban más a la descripción de un té en casa de la anciana Miss Lannings.

—Los Van der Luyden —dijo Archer, sintiendo que usaba un tono pomposo al hablar—, son la más poderosa influencia en la sociedad de Nueva York. Desgraciadamente, debido a la mala salud de Mrs. van der Luyden, reciben en muy raras ocasiones.

Ella descruzó los brazos detrás de su cabeza y lo miró con expresión meditativa.

—¿No será esa la razón?

—¿La razón...?

—De su gran influencia; porque se hacen tanto de rogar.

Él se sonrojó un poco, la miró con atención, y de pronto comprendió la profundidad de su observación. De un golpe Ellen dio un picotazo a los Van der Luyden y los hizo derrumbarse. Archer se rio, y los sacrificó. Nastasia llevó el té, en tazas japonesas sin asas y pequeños platillos, y colocó la bandeja en una mesa baja.

—Pero tú me explicarás estas cosas, me dirás todo lo que debo saber —

continuó madame Olenska, inclinándose para darle su taza.

—Eres tú la que debe enseñarme a mí, abrirme los ojos a cosas que están delante de mí desde hace tanto tiempo que ya no las veo.

Ellen sacó una pequeña cigarrera de oro desde una de sus pulseras, le ofreció un cigarrillo y tomó otro para ella. En la chimenea había largas astillas para encenderlos.

—Bien, entonces podemos ayudarnos mutuamente. Pero yo quiero mucha ayuda. Tienes que decirme lo que debo hacer.

Archer tuvo en la punta de la lengua la respuesta: "Que no te vean por las calles paseando en coche con Beaufort", pero estaba demasiado atrapado en la atmósfera de la habitación, que era la atmósfera de ella, y darle un consejo de esa clase era como decirle a alguien que está regateando para comprar aceite de rosas en Samarkanda que siempre hay que proveerse de botas de goma para el invierno neoyorquino. Nueva York se encontraba muy lejos de Samarkanda, y si decidían realmente ayudarse uno al otro, ella ya aportaba lo que podría ser la primera prueba de su servicio mutuo al hacerlo mirar su ciudad natal con objetividad. Vista de este modo, como por el revés de un telescopio, parecía desconcertantemente pequeña y distante; pero era normal, si se mira desde Samarkanda.

Estalló una llamarada en los troncos y ella se inclinó hacia el fuego, acercando tanto sus delgadas manos que un tenue halo brilló alrededor de sus uñas ovaladas. La luz dio un color bermejo a los rizos oscuros que escapaban de sus trenzas, y empalideció aún más su pálido rostro.

—Hay muchas personas que pueden decirte qué hacer —replicó Archer, sintiendo una oscura envidia de ellas.

—¿Mis tías? ¿Y mi querida abuela? — consideró la idea con imparcialidad—. Están un poco enojadas conmigo por haberme venido a vivir sola, especialmente mi pobre abuela. Ella quiso que me quedara en su casa, pero yo necesitaba libertad.

Archer estaba impresionado con esa manera tan ligera de hablar de la formidable Catherine y, al mismo tiempo, compadecido al imaginar lo que le había causado a madame Olenska esta sed por la más solitaria clase de libertad. Pero el recuerdo de Beaufort lo torturaba.

—Entiendo lo que sientes —dijo—. Sin embargo, tu familia puede aconsejarte, explicarte las diferencias, mostrarte el camino.

Ella levantó sus delgadas cejas negras.

—¿Entonces Nueva York es un verdadero laberinto? Me parecía tan sencilla y recta, como la Quinta Avenida. ¡Y con todas las calles transversales

numeradas! —Pareció entrever una leve desaprobación de su parte, y agregó, con esa sonrisa poco común que iluminaba todo su rostro—: Si supieras cuánto me gusta precisamente por eso, por lo vertical que es, y por esas enormes etiquetas que honestamente le ponen a todo.

Vio ante él su oportunidad.

—Puede que las cosas estén etiquetadas dijo—, pero no así las personas.

—Puede ser. Tal vez yo simplifique demasiado, pero tú tienes que advertirme cuando lo haga —se alejó del fuego para mirar a Archer—. Aquí hay sólo dos personas que siento que comprenden lo que quiero decir y que me pueden explicar algunas cosas: tú y Mr. Beaufort.

Archer puso mala cara al oír los dos nombres juntos, pero luego con una rápida vuelta a la serenidad, comprendió, confraternizó y se apiadó.

Ella debió vivir tan cerca de los poderes del demonio que aún respiraba con mayor libertad en aquel aire. Pero ya que creía que él también la entendía, su estrategia consistiría en mostrarle a Beaufort tal como era, con todo lo que representaba, y que lo aborreciera. Le contestó amablemente:

—Comprendo, pero no te alejes de las manos de tus viejos amigos; me refiero a las mujeres mayores, tu abuela Mingott, Mrs. Welland, Mrs. van der Luyden. Ellas te quieren y te admiran, y desean ayudarte.

Ella movió la cabeza y suspiró.

—Oh, ya lo sé, ya lo sé. Pero a condición de que no diga nada que les disguste. La tía Welland me lo dijo claramente cuando traté... ¿Nadie quiere saber la verdad aquí, Mr. Archer? ¡La verdadera soledad es vivir entre esta bondadosa gente que sólo invita a alguien para lucirse!

Se tomó la cabeza con las manos, y Archer vio que sus delgados hombros se estremecían en un sollozo.

—¡Madame Olenska! ¡No llores, Ellen! —gritó, saltando de su asiento e inclinándose hacia ella. Desligó una de sus manos, estrechándola y frotándola como si fuera la de un niño, y murmuró palabras tranquilizadoras. Pero de súbito ella retiró la mano, y lo miró con los ojos húmedos.

—¿Nadie llora aquí tampoco? Supongo que no lo necesitan en este paraíso —dijo enderezando entre risas sus trenzas sueltas, y luego se inclinó hacia la tetera. A Archer le daba mucha rabia recordar que la llamó "Ellen" dos veces y que ella no se dio cuenta. Muy a lo lejos vio en el telescopio invertido la tenue silueta de May Welland, allá en Nueva York.

De súbito Anastasia asomó la cabeza y dijo algo en su sonoro italiano.

Madame Olenska, llevando otra vez una mano a su pelo, profirió una

exclamación de asentimiento, un vivo ¡Giá, giá, y entró en la habitación del duque de St. Austrey, guiando a una enorme dama de peluca negra y vestidos rojos, cubierta de desbordantes pieles.

—Querida condesa, he venido a verla con esta vieja amiga Mrs. Struthers. No fue invitada a la fiesta de anoche y desea conocerla.

El duque sonrió al grupo, y madame Olenska se acercó con pocas palabras de bienvenida a la singular pareja. Parecía no tener absolutamente diferentes que eran, ni de la libertad que se había dado el duque al traer a tal compañera; y para hacerle justicia al duque comprendió que éste tampoco parecía darse cuenta.

—Por supuesto que quiero conocerla, querida —exclamó Mrs. Archer con una redonda voz vibrante que se adecuaba a sus atrevidas plumas y descarada peluca—. Quiero conocer a toda persona joven, interesante y encantadora. Y el duque me ha dicho que le gusta la música. ¿Es así? Bien, ¿quiere venir a mi casa mañana en la noche a escuchar a Sarasate? Ya debe saber que organizo algo todos los domingos porque es el día cuando nadie en Nueva York sabe qué hacer consigo, entonces yo les digo: Vengan a entretenerse. Y el duque pensó que usted se tentaría con Sarasate. Se encontrará con varios de sus amigos.

La cara de madame Olenska relució de placer.

—¡Qué amable! ¡Qué cariñoso de parte del duque pensar en ponerme un sillón a la mesa del té, donde Mrs. Struthers se zambulló con gusto. Tendré el mayor placer en asistir.

—Me alegro, querida. Y traiga con usted a su joven caballero Mrs. Struthers extendió una mano cordial a Archer—. No logro ponerlo pero estoy segura de conocerlo, conozco a todo el mundo, aquí en Nueva York y Londres. ¿Es diplomático? Todos los diplomáticos vienen a mi casa a escuchar la música también? Duque, tiene que asegurarse de llevarlo mañana.

El duque dijo "sí, cómo no" desde las profundidades de su barba y se retiró con una rígida reverencia circular que lo hizo sentirse como un cohibido escolar entre la indiferencia de gente mayor que él.

No lamentó el dénouement de su visita; únicamente sintió que había sucedido antes evitándole cierto despilfarro de emoción. Cuando se fue en la noche invernal, Nueva York volvió a ser para él inmensa e interesante y May Welland la mujer más adorable de la ciudad. Se dirigió donde estaba para encargarse de la diaria caja de lirios silvestres que, para su vergüenza olvidado mandar esa mañana.

Mientras escribía unas líneas en la tarjeta y esperaba que en

UASLP-FCI-2023-Dominguez

UASLP-FCI-2023-Dominguez